

# GENIIT

*sociología*  
*ciencia — literatura*

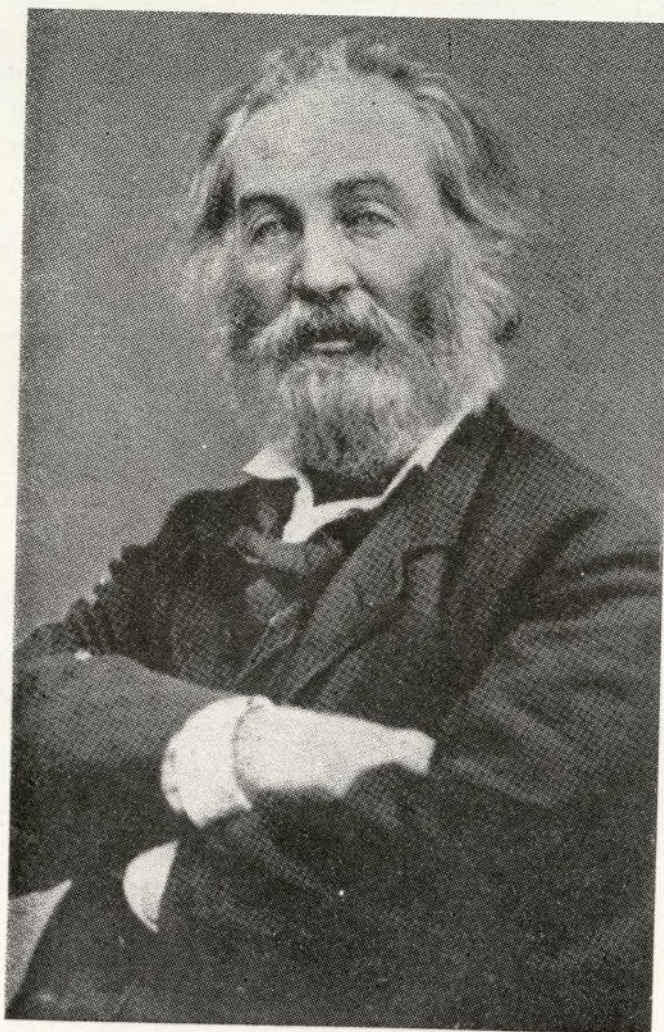


Adolfo Hernández: El mundo  
de hierba de Walt Whitman.—  
Eugen Relgis: Diario de otoño.  
Lo social.—Fontaura: Pío Baro-  
ja, poeta de arrabal.—Puyol:  
Manchas de color. Nocturno.—  
Gem Day: Eliseo Reclus en Bél-  
gica.—Federica Montseny: La  
vida y los libros.—Pierre-Valen-  
tin Berthier: Hablar para ser  
comprendido: lenguaje anar-  
quista.—Tejerina: Divulgaciones  
científicas. Química. Los silico-  
nes.—Vladimiro Muñoz: La cul-  
tura humana mediante los li-  
bros. Los bárbaros.—G. de La-  
zare-Duthier: Siglos de tortu-  
ra.—Profesor José Oiticica:  
Crítica anarquista de la socie-  
dad actual (Folletón encuader-  
nable)

61

Revista Mensual

PRECIO: 80 FRs.



WALT WITHMAN

Ayuntamiento de Madrid



# NUESTRA PORTADA



## WALT WITHMAN

Nació Walt Withman en 1819, muriendo en 1892. Su nombre, su arte, su personalidad compleja y extraordinaria, llenan casi medio siglo de vida y de literatura americanas. Fué un autodidacta por excelencia. Hijo de obreros, continuó siendo siempre un obrero, viviendo entre los obreros y compartiendo su miseria y sus luchas. Tipógrafo, carpintero, periodista, poeta sobre todo, el más gran poeta de América del Norte.

Para coronar la belleza de esa existencia de libertario instintivo, de anarquista sin teoría, pero de vida, de actos y de escritos que hubiera podido suscribir cualquier anarquista, sus últimos años, que en otro hombre hubieran sido trágicos, en él fueron un ejemplo extraordinario de optimismo y de valor moral. Atacado por la parálisis, durante mucho tiempo paseó por las calles su cuerpo en un cochecito, sin que la enfermedad le restara fuerza a su genio ni mermara su amor a la naturaleza y a la vida.

En otro lugar de este mismo número, nuestro colaborador A. Hernández dedica un artículo a este hombre, hoy olvidado por muchos pero recordado siempre por los que aman el arte y la libertad, en Europa y en América.

## CENIT

### REVISTA MENSUAL

#### DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaria de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgeas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VI

Toulouse, Enero 1956

Nº 61

## DIAGRAMA

### El mundo de hierba

DE

Walt Withmann



UIEN es ese hombre de largas barbas blancas, con aspecto de profeta, que conduce una pequeña carretela tirada por un caballito ligero? Whitman, paralizado por el peso de los años y las ominosas incidencias de una parálisis traicionera que, apareció como colofón de sus desvelos en los hospitales de la Unión, durante el gran conflicto, precisaba un medio de locomoción para satisfacción de su andariego espíritu y un grupo de grandes y admirables amigos, habían hecho una colecta para conseguirle el carricoche que le permitiera vagar fuera de Camden y Filadelfia.

Allá atrás queda Camden; aquí, la campiña y sus hermanos: los árboles. Pensaba en la bondad de los inesperados suscriptores que le habían comprado a prorrata el caballito y el cochecillo en el cual estaba sentado. Recordaba aspectos de la vida de ellos y sus ojos se humedecían. Edwin Booth el célebre actor, intérprete excelso del cisne de Avon, Shakespeare; aclamado por la nación hasta que su apellido se convirtió en signo de execración por el bestial y homicida acto de su hermano John Wilkes Booth al asesinar en el Teatro Ford de Washington a Lincoln. ¡Pobre Booth! ¿Y, qué decir del autor de «Las Aventuras de Huckleberry Finn», las no menos deliciosas de Tom Sawyer por no citar sus cuentos?; Mark Twain había ayudado también al pobre viejo, al profeta moderno de los hombres. Al fantástico Whitman...

Pero, de pronto, el viejo de las largas barbas blancas no quiere pensar, desea sumergirse en el bosque que tiene enfrente. Es un casto matrimonio con la Naturaleza, a la que siempre se contemplará y gozará como criatura privilegiada de ella; como un ser llamado a interpretarla. Así, en sus «Apuntes Diarios», exclamará, como pudiera hacerlo, de saber expresarse por medio de la escritura, un errabundo cervatillo:

«... pero, ahora, agradablemente aprisionado bajo el gran roble—mientras cae la lluvia y el cielo está cubierto de nubes plomizas—, sin otra cosa que el estanque a un lado, y al otro una extensión de hierbas salpicadas con silvestre flores lechosas—el ruido de un hacha manejada en algún distante aserradero de leña—y, sin embargo, en medio de este aburrido escenario (como muchos le llamarían) ¿por qué me siento dichoso aquí a solas? ¿Por qué cualquier aparición, aún cuando fuera de personas que me agradan, desvanecería el encanto? ¿Pero estoy solo?...» El poeta sigue desgranando su poema bucólico hasta terminar las anotaciones de ese día con una invocación llena de pagana belleza: «Gracias, médico invisible, por tu callada y deliciosa medicina que está en tus días y en tus noches, en las aguas y en los aires, en las márgenes, las hierbas, los árboles y las malezas...»

¿Quién es ese hombre? Digamos formalmente que es Walt Whitman y su fama, un tanto precaria durante tantos años, data desde que la imprenta de los hermanos Rome en el corazón del bullicioso Brooklyn lanzó la primera edición de su más conocida obra poética: «Hojas de Hierba» (también habrá traducciones con el título de: «Hojas de Grama»). El impacto emocional que produjo en la nación ese libro, está en la avalancha de elogios y críticas que «Hojas de Hierba» produjo, desde el ya lejano 4 de julio de 1855. Decir que Emerson y Thoreau la elogiaron es encabezar con dos figuras egregias una larga serie de alabanzas hacia el desigual torrente poético de Whitman. Babette Deutsch ha dicho del conjunto de su obra: «Ocasionalmente sus cadencias libres están más cerca de la prosa que del verso. No pocas veces se entregan a una oratoria un poco pomposa, pero sus mejores poemas son como los altos picos y el Océano cuya grandeza natural era la propia prueba de Walt para la poesía».



«Leaves of Grass» fué aumentando de volumen, al pasar los años y las ediciones; la de 1867 y la de 1871. «No porque creciera el público—ha dicho Waldo Frank—sino porque el libro crecía». Un siglo más tarde, la crítica dirá de Whitman que es el más grande de los poetas americanos. Su lira arranca arpegios magistrales:

«Yo, soy el que camina por la noche que empieza y que se  
[ agranda,  
y le grito al mar y a la tierra perdida en la noche como yo».

Su poesía es vital. Respira ritmo aún cuando no responda a la clásica cadencia. Es vida en ascenso; válvula sin prejuicios que asombrara a David Henry Thoreau, el inolvidable autor de «Walden» y le hiciera decir en sus «Apuntes», al tener una entrevista con él: «Es, aparentemente, el hombre más demócrata que el mundo haya visto. Arroja por la borda a reyes y aristocracias, cosa que se merecen desde hace mucho tiempo. Una naturaleza notablemente fuerte, aunque ruda, una dulce disposición y el alto aprecio de sus amigos. Aunque de tosco exterior, es esencialmente un caballero. Todavía estoy un poco perplejo; siento que es esencialmente extraño a mí, pero quedé sorprendido al verlo. Es amplio pero no fino, como ya lo he dicho. Dice que yo lo he captado mal. No estoy seguro de ello. Nos dijo que le encantaba recorrer Broadway de arriba abajo en un ómnibus, sentado al lado del conductor, escuchando el estruendo de las ruedas y, a veces, gesticulando y declamando a Homero a plena voz...» No cabe duda que Thoreau, vió en Whitman otro ángulo de la conciencia americana progresista, de la que él —integérrimo defensor de los derechos del individuo frente al Estado—era cabeza distinguida. El Dr. Henry Seidel Canby en su celebrado «Thoreau» hace un exégesis de la personalidad de los dos escritores afirmando certeramente: «Ambos se rebelaban contra la convención norteamericana de medir el éxito a través del dólar, ambos tenían la visión de un individualismo que expresa las emociones, al margen de los hábitos y el sentido de respetabilidad. Whitman era expansivo; Thoreau practicaba el retiro y el ocultamiento, con la misma naturalidad con que respiraba. El uno abrazaba al mundo sin demasiada discriminación; el otro clavaba sus agujones hasta en Emerson. Whitman, disimulaba a menudo su erudición. Sin embargo para ambos, la principal finalidad su erudición. Sin embargo para ambos, la principal finalidad era cómo vivir, no como ganarse la vida, y ambos estaban destinados a convertirse en los conductores espirituales de dos alas de una minoría norteamericana...»

El período de la vida de Walt Whitman en Estados Unidos correspondió a uno de los más intensos del coloso del Norte. Abarcan la juventud impetuosa de un pueblo (1818-1892). Sus guerras contra los indios, los franceses, ingleses y mexicanos; su marcha hacia el Oeste Mágico y la fundación de las grandes ciudades que tejen a su vez los nervios urbanos de la gran nación: San Luis Missouri, Kansas City, Chicago y la fabulosa San Francisco-babel de pasiones y de cataclismos, resumidos en un nombre trágico—Juan Augusto Sutter.—Ciudad de mineros en tránsito (el señuelo de Klondike); punto de recale de un joven consumido por la fiebre y el genio; Robert Louis Stevenson, cuya tumba en Samoa, estremece a la grandeza; de Miguel Bakunin enseñando matemáticas en la etapa de su dramática huida de Siberia, y lugar de nacimiento de Jack London, el muchachuelo que bajó del sucio barrio de Oakland para remontar las corrientes

frías de Alaska y los diminutos paraísos de la Polinesia y Micronesia. Whitman oteará todo eso y algo más dramático, más épico, más trascendental: la guerra del Norte contra el Sur. Y con este conflicto, vital para la existencia de la nación creada por Daniel Boone, Washington, Franklin y Jefferson, él, el hombre adánico («Yo, el Poeta de los Cantos Adánicos...») se identificará con fervor de profeta; él será el cantor de la gesta y de los hombres que la llevaron a cabo (Léanse sus conmovedoras «Cartas», «Notas» y «Diario» salpicados de hondas reflexiones y pinceladas de la época). Y, sobre todo, será el rapsoda del hombre que encabezó la nación en sus más aciagos días: un viejo abogado de Illinois llamado Lincoln, a quien amaría de cerca y de lejos sin que él lo supiera, y a quien—al recibir artera muerte—dedicará un canto de antología que será el mejor epitafio del inmortal «viejo Abe» que «Ya Pertenece a los Siglos...»

«¡Oh, capitán! Mi capitán, nuestro terrible viaje ha terminado, el barco ha sobrellevado todas las tormentas, el premio que  
[ buscábamos está ganado.

El puerto está cerca, oigo las campanas, todo el pueblo está  
[ gozoso,  
mientras los ojos siguen la quilla firme, el barco sombrío y  
[ temerario.

Pero, ¡Oh, corazón, corazón, corazón!  
¡Oh las sangrantes gotas rojas,  
allí en la cubierta donde yace mi capitán  
tendido frío y muerto!»

Y así, el poema mitad funerario, mitad triunfante quedará eternamente introducido en el alma y la leyenda americana.

«Es sólo un sueño que allí en la cubierta  
yace frío y muerto...»

Como cantor de la vida, hemos dicho que es vital. Ama la existencia («Yo, el poeta de los Cantos Adánicos; desbordante de vida, fático...») y lo demuestra en el poema: «Solitario Pájaro de las Nieves»:

«Más allá de los ochenta y tres grados—hacia el norte—  
el explorador Greely oyó el canto de un solitario pájaro de las  
nieves, resonando en la soledad.  
Venidas de las frías y desnudas regiones árticas,  
¡imitaré tu ejemplo, pájaro solitario!  
Yo también celebraré las sábanas de nieve arrasadas de  
Lágrimas de frío.»

Y es el hombre que tiene fe en el mundo y en el hombre:  
«El resumen de todo lo que sabemos, de todas las intuiciones  
profundas, es que todos avanzamos, que todos mejoramos.  
Todo está en marcha: el mundo, la raza, el alma, los universos  
en el espacio y en el tiempo...»

De él ha dicho Sender en magistral pensamiento: «Es el hombre contemplando su propio milagro en medio de una naturaleza perpleja también por su propia grandeza. En el nivel de las cosas inefables que es, en fin, y seguirá siendo, el nivel de la poesía».

Este es—a grandes rasgos—el retrato de Walt Whitman, el hombre del caballito y el cochecillo, recorriendo el bosque y buscando refugio bajo el «gran roble» («...y con arpa labrada de un roble añejo» diría de él Rubén Darío).

Adolfo HERNANDEZ



# *Diazio* *de otoño* — **Lo Social**

¡Libertarse es humanizarse!

El instinto o el anhelo de libertad se convierte en acción consciente voluntaria, mediante la hombría de bien y la cultura.

La esencia de toda superación humana es la libertad asociada a la fraternidad y la justicia.

Y sin el sentimiento de humanidad—que abarca el amor, lo bello y la ciencia desinteresada—no se mantiene la verdadera libertad, que es progresiva y creadora, por encima de todas las derrotas, negaciones y destrucciones del momento.

¡Humanizarse es libertarse!

La igualdad absoluta entre los hombres, la igualdad social e intelectual, es sinónima del gran desierto de Sahara. La vida no es una mera superficie constituida por innumerables granos de arena, todos idénticos y del mismo color. Sin embargo, la tendencia hacia la igualdad es uno de los impulsos hacia el progreso. Tendamos siempre hacia la igualdad, pero en un peldaño superior de la evolución. De este modo, cada conquista del anhelo de igualdad es una superación que determina a su vez una nueva desigualdad: un nuevo peldaño del progreso.

«Nuestro pan de cada día...» Si el pan fuese moldeado en forma de esfinge y llevase una etiqueta con la misma pregunta: ¿Cómo te ganaste este pan?... entonces muchos, muchísimos, no podrían comerlo con la conciencia tranquila, y ni siquiera con apetito.

El símbolo de la protección del Estado es una guillotina, cuyo cuchillo amenaza siempre caer. Sobre la nuca de cualquiera...

La «opinión pública» es, en la mayoría de los casos, la opinión que nos hacemos sobre nosotros mismos. Generalmente, ella es una mera ficción. Si tiene alguna realidad, ella se halla solamente en la conciencia individual.

¡La sagrada propiedad! Cuanto más se la cuida, tanto más tentadora es ella. El hurto es un efecto de la vigilancia excesiva, y no sólo de la pobreza o de la perversión. El candado no es más que una invitación a los infractores. Poned algunos trapos en el cofre cerrado con siete llaves, y en la mesita de luz, junto a la cama, poned el dinero y todas las joyas: estaréis más seguros de vuestros bienes...

Si se estableciera una jerarquía de los hurtos, sería entonces imperdonable el hecho de robar el alma de un hombre honesto y el tiempo de un trabajador apremiado por las necesidades.

No despreciemos ciertos oficios. Si no existiesen los cloaquistas, la humanidad se ahogaría en sus propias inmundicias.

Los hombres, cuya sinceridad surge límpida, irresistible, como el manantial de una rosa, son oprimidos por la buena Sociedad en la camisa de fuerza de

la «protección». Igual que al torrente impetuoso que corroe las montañas, le son opuestos diques y estacas, o esas empalizadas de juncos, complicadas como los «intereses superiores» proclamados por los protectores intempestivos de la Sociedad...

Los perseguidos adquieren una destreza y hasta una sabiduría que les lleva a aprovecharse sucesivamente de la ceguera, la necedad, y el orgullo de sus perseguidores. «La derrota temple a los vencidos.»

**Derecho y Justicia.** — Ninguna victoria de la justicia humana ha sido obtenida como un regalo: tuvo que ser arrancada en duras luchas, cualquiera fuese el régimen político del momento.

Los más confunden el derecho con la justicia. De aquí resulta el antagonismo, frecuentemente trágico, entre el individuo y la sociedad. La justicia implica sentido de humanidad. El derecho reemplaza este sentido de humanidad (que es la expresión de la realidad integral del progreso humano) con la balanza abstracta de las leyes. Las leyes no son más que la expresión de ciertos intereses, también variables, consagrados por usos y costumbres y mantenidos abusivamente por la autoridad que no está basada en la conciencia, sino en la violencia. «El escudo de las leyes» oculta siempre la máscara sangrienta de la opresión política.

Cuando la política, cualquier clase de política, quiere mostrarse generosa (con el fin secreto de prolongar su dominación) ella agita la blanca bandera de la amnistía. Sabe aún provocar, de parte de los que padecen por su injusticia, penosas y humillantes solicitudes de indulto. Es la eterna confusión entre el derecho y la justicia... Las amnistías políticas no constituyen la libertad de sus propios partidarios, para quitarla después a su adversarios. Sucede a veces que algunos inocentes recobran su libertad, algunos solamente, para salvar en lo posible el prestigio de lo que los políticos llaman «justicia». La verdadera justicia significa: no condenar a nadie arbitrariamente. El derecho obedece a leyes escritas (que pueden ser interpretadas en pro y en contra). La justicia no está escrita: es elemental, como las leyes permanentes de la naturaleza, que nadie puede esquivar astutamente, mediante la casuística jurídica. La justicia exige a todos, acusadores y acusados, un corazón purificado y conciencia límpida. El derecho endurece el corazón, fosiliza la conciencia en los Códigos considerados sagrados, impecables, intachables, por las muchedumbres imbecilizadas y atemorizadas por los amos: por los dirigentes, los gobernantes. Estos saben rodearse de «queces» mercenarios, de verdugos civiles y militares y, sobre todo, de abogados—juristas, legistas!—que, en su mayoría, te defienden, a ti, pobre ciudadano, como la sogá al ahorcado.

Si fuese llamado ante el juez supremo que mora en mi propia conciencia, no en los cielos paradisiacos, repetiría la palabra firme y humilde de Jules Michelet:

«Si tous les êtres, et les plus humbles, n'entrent pas dans la cité, je reste dehors.» (Si todos los seres, hasta



los más humildes, no entran en la ciudad, yo me quedo afuera.)

Y a los que se creen representantes del juez supremo, es decir, a los amos temporarios de los pueblos, sobre esta tierra, les repitió la declaración de un gran profeta social, Joseph Popper-Lynkeus que, expresando la misma idea que Michelet, le da, empero, la precisión inexorable de una ley ético-científica:

**«Solange es vorkommt, dass auch nur ein, einziger Mensch hungert oder in seiner Lebenshaltung nicht gesichert ist, solange, taugt die ganze Gesellschaftsordnung nichts.»** (Mientras sea posible que un solo hombre padezca hambre o no tenga asegurado su sustento, toda la organización social no valdrá nada.)

\*

¡La revolución! Palabra de la que abusan igualmente los de un campo y del otro. Casi ha perdido su significación idealista y circula en todas partes, como una moneda deslucida, de una mano a otra, para menudas transacciones de usureros o carniceros. Cada dictador, cada cabecilla de banda o de partido, los caudillos de mercenarios o los capitanes de industria tienen su «revolución», hecha—por supuesto—sobre las espaldas de los ciudadanos: de una clase, de una confesión, de una nación. Sinistra mentira, siempre ahogada en sangre, miseria y desesperación.

El gran mudo: el Pueblo, soporta la opresión hasta que estalla su propia revolución, la verdadera, la única valedera ante la historia, la única justa y creadora, inexorable y fatal como las leyes de la naturaleza. Porque la revolución del pueblo, de uno de los pueblos que constituyen la realidad planetaria de la humanidad, es de hecho el término final de una evolución—como el parto cuando se cumplen los meses de gestación; como el desbordamiento, cuando los lagos han crecido paulatinamente, por los manantiales subterráneos, como las frutas que se desprenden de los árboles, después de madurar bajo el sol del verano. Ninguna verdadera revolución puede ser anticipada; tiene que llegar, cada una, a su tiempo. Pero esto no significa que ella llegue por sí sola, y, por consiguiente, que debamos aguardarla con los brazos cruzados. Por el contrario, ella debe ser preparada con todo cuidado, con plena conciencia de su sentido, de su misión en cierto momento del desenvolvimiento progresivo de la vida y de la humanidad.

Pero los falsos dirigentes quieren tener su «revolución». Y se apresuran a provocarla, a fabricarla según sus fórmulas engañosas y homicidas. Por eso tenemos cada año tantas revoluciones frustradas, y apenas una sola revolución humana y libertadora, en un siglo o dos...

\*

**Humanitarismo y política.** — En esencia, el humanitarismo es apolítico y hasta antipolítico. Su fin es el de desintoxicar al ciudadano de todas las ilusiones y supersticiones que los politiqueros le han infiltrado «para su bien», pero en realidad para los intereses de algunas minorías de privilegiados. La política significa sed de poder y eso lleva al culto de la fuerza e intolerancia en todos los dominios nacionales y sociales. Cualesquiera sean las definiciones idealistas de la política, ellas son desmentidas en su práctica diaria; la política representa intereses restrictivos, mejor dicho: personales; éstos son mezquinos y transitorios si los oponemos a los intereses generales y permanentes de la humanidad. Hasta los grandes partidos que levantan la bandera de algunos «ideales» de alcance internacional, son viciados por la misma práctica de la violencia e intolerancia; ellos son diri-

gidos, de hecho, por oligarquías burocráticas que ocultan a las muchedumbres los fines reales de sus acciones políticas, exigiendo a las masas sacrificios en vista de una problemática felicidad venidera. Sólo los dirigentes políticos y sus partidarios más próximos, un puñado de favorecidos gozan de las ventajas materiales y del orgullo de gobernar. Esta es la verdad, en todos los países cualquiera sea su régimen.

La conclusión lógica, natural, para un humanitarista es la de que no puede subordinarse a un partido político, aunque este partido proclame algunos ideales «humanitarios» para cebar a los ingenuos. El humanitarista puede actuar, sin embargo, en los terrenos sociales y culturales, después de haberse humanizado previamente a sí mismo. La autoeducación humanitarista abarca más de tres cuartos del programa (cf. «Los principios humanitaristas», etc.).

Evidentemente, no es posible ignorar el problema social; pero es igualmente obvio que este problema será resuelto de una manera definitiva solamente cuando el flagelo político y sus portadores, los politiqueros, sean apartados de la ruta del progreso humano mediante la negativa del individuo consciente a soportar el **parasitismo**, que es el vicio orgánico, inherente a toda formación o «actividad» política. El descrédito de los partidos políticos se ha manifestado, después de la guerra mundial, en una forma pasiva, de desengaño y rencor, en ciertos países; pero en otros se ha instituido opresivamente, mediante la fuerza armada, la dictadura de una minoría que, suplantando a varios partidos competidores, ha proclamado de hecho su propia política bajo la máscara de la primacía nacional, estatista, o de la preponderancia de clase, de casta o de raza. No obstante, precisamente estos últimos errores ideológicos (seguidos en la práctica gubernamental, por tantos horrores sangrientos) confirman indirectamente **la tendencia hacia la unidad**, que constituye uno de los principios básicos del humanitarismo. Pese a las recrudescencias nacionales y políticas de hoy, los pueblos—que raras veces saben hablar firme y claramente—tienen la intuición de sus intereses comunes; ellos sienten que estos intereses no pueden ser separados por las fronteras artificiales que los «caudillos» y sus hordas de secuaces sin escrúpulos levantan entre los países y aun dentro de su propio país conquistado y aterrorizado.

Por lo tanto, los humanitaristas activos tienen el deber de preservar particularmente a las jóvenes generaciones de los espejismos políticos, de esas vanas pasiones fomentadas por ficciones e ideologías oscurantistas que desvían y agotan las energías creadoras, y falsifican las relaciones naturales entre los hombres. Estas relaciones pueden permanecer cordiales, fraternales, provechosas para todos, solamente si están basadas en el amor y la libertad. La política de los demagogos y de los tiranos suscita el odio, el fanatismo ciego, la violencia sanguinaria entre los individuos de varias capas sociales, entre pueblos vecinos y entre colectividades nacionales o religiosas, en el seno del mismo pueblo, y en beneficio del llamado «partido único» pero, en realidad, en beneficio de una minoría de gobernantes usurpadores, dirigidos a su vez por algunos cabecillas astutos, cínicos, pícaros, que aclaman al jefe supremo, todopoderoso e infalible.

Ya es tiempo, después de tantas conquistas de la ciencia, y de tantas proclamaciones idealistas que resonaron de un siglo a otro—de una generación a otra, de un pueblo a otro—que el hombre se libere de las cadenas de la ignorancia, de sus fetichismos políticos, y de su propia cobardía. Si no se libera por sí mismo, nadie lo salvará. Seguirá siendo un trágico



payaso, una bestia de carga, empujado finalmente hacia los mataderos de la guerra, o a las rebeliones sin esperanza. ¿Cuándo se volverá el hombre, nuestro hermano, dueño de su propio destino terrestre, mediante el conocimiento de sí mismo, la autohumanización, la solidaridad activa con su semejante, con su prójimo en el trabajo de cada día? Y, ¿cuándo se unirá en fecunda unión con la humanidad entera y con sus genios creadores de bellezas y verdades, en la suprema armonía del amor y la libertad?

\*

De una carta a José Guttman, mi joven discípulo asesinado—junto con tantos otros—por los «legionarios» nazifascistas de Bucarest (1941):

«Estoy muy conmovido, mi amigo, por la carta tan espontánea en tus confesiones y tan cordial por la comunión espiritual en estos días trágicos. Agradezco tus pensamientos generosos y la constancia que manifiestas hacia un hombre que sólo se esforzó en difundir más luz en las mentes de sus prójimos y más justicia y hombría de bien sobre esta tierra. En la tremenda soledad que vivimos desde algún tiempo, únicamente la conciencia de cumplir con nuestro deber y la callada solidaridad del espíritu nos pueden dar la fuerza de creer que este cielo borrascoso tenderá a despejarse y que el alma va a renovarse bajo el signo de la paz, de la reconstrucción y de la libre creación.

«Ahora, no es ya tiempo para confesiones patéticas. El huracán de la guerra sacude la tierra en sus cimientos. Una civilización está derrumbándose. Millones de inocentes perecen en el torbellino del odio—y pocos, algunos entre los perdidos en medio de los rebaños humanos, adivinan siquiera el sentido apocalíptico de la catástrofe. Hormigas presas de pánico,

entre los hormigueros aplastados por las botas de acero de Marte (ya lo sabes, este dios tiene otros rostros también, y otros nombres)...

«Pero quien está acostumbrado a investigar la realidad más allá de sus apariencias; quien observa los acontecimientos desde su origen hasta su desenlace, puede encontrar por lo menos la fuerza moral de esperar la postrera victoria de la humanidad, pese a todos sus extravíos y horrores. De otro modo, él sería apenas un número, una hoja que el viento lleva, o un grano de arena en el desierto de las masas humanas. Y, al fin, y al cabo, ¿no podríamos contestar, acaso, a los escépticos y «realistas» que es mejor que muriésemos con una hermosa ilusión, en vez de maldecir un mundo que se hunde en sangre, lágrimas y ciega desesperanza?

«No ignora que, desde los tiempos remotos, el hombre siempre resurgió de las ruinas—frágil columna—animado por el amor y la fraternidad. Cada vez más lúcido, más voluntarioso; y cada vez más solidario con las energías inagotables de la creación universal. Y si la actualidad nos echa en cara su cínico desmentido, con todas sus masacres y ruinas, ¿qué significa esto, si no la comprobación de que nuestras generaciones se han obstinado en andar por vías erróneas y que ahora tienen que expiar sus pecados?

«Pero la vida avanza por sobre los cadáveres, sobrepasa hasta a los profetas y clarividentes, aplasta inocentes y homicidas, sin elegir—y abre su nueva ruta hacia los albores del porvenir. Y el porvenir no puede ser sino tal como lo soñaron siempre los idealistas, tal como lo concibieron los justos y los sabios—y tal como lo están forjando, desde ya, los jornaleros de la fe y de la bondad humanas.»

Eugen RELGIS

## A NUESTROS LECTORES

Con el número 60, último del año 1955, «CENIT» ha terminado sus cinco años de existencia. Nuestra publicación, en la que el Movimiento libertario encuentra su expresión pública en la Prensa, en el terreno sociológico, literario, filosófico, artístico, es ya una revista veterana.

A través de cinco años de vida, se ha acreditado y ha cimentado su existencia. Mañana, aquellos que recorrerán las colecciones de «CENIT», encontrarán en ellas el latido del pensamiento social y filosófico del movimiento anarquista español, cuya voz pública, ahogada en España, resonó sin embargo fuertemente gracias a los órganos creados y sostenidos por la colectividad libertaria exilada.

Conscientes de rendir con ello un servicio a los lectores y a los compañeros en general, hemos procedido a la encuadernación en rústica de «CENIT», por años. Tenemos ya prestos los cuatro primeros; esto es, del número 1 al 48; de enero 1951, a diciembre 1954. Para su adquisición daremos toda clase de facilidades de pago, pues concederemos crédito amplio, que irá de tres a nueve meses.

Su precio será 600 francos por los doce números, más lo que nos cueste la encuadernación, que aún no podemos fijar, pero que esperamos no excederá los 200 francos por tomo. En el próximo número daremos más detalles. Las obras «Marx y Bakunin» e «Ideario» se servirán encuadernadas aparte.

Los compañeros que deseen la adquisición de los cuatro primeros años de «CENIT» encuadernados, pueden desde ahora indicárnoslo, a fin de regularizar el número de encuadernaciones a hacer.



# • PIO BAROJA •

## POETA DE ARRABAL



CUANDO un escritor alcanza los ochenta y tres años, con más de cien obras publicadas, traducidas, bastantes de ellas, al francés, al italiano, al inglés, al alemán, al holandés, al portugués, al ruso, al polaco, al sueco, al noruego y al japonés; cuando este escritor, no obstante su edad avanzada, prosigue escribiendo, disconforme, en el fondo, con el vivir social de nuestro tiempo, es que, en realidad, se trata de un hombre de un valor excepcional. Así es Pío Baroja. Se ha de reconocer que es así, pese a que, en más de una ocasión, hemos podido comprobar que se le ha denostado. Incluso de entre nosotros, los anarquistas, se le han dirigido a Baroja acres censuras. Subrayo lo de, **incluso los anarquistas**, porque de anarquista ha sido tildado en más de una ocasión. Sobre este particular, Felipe Alaiz, que conoce a fondo la personalidad intelectual del autor de «La Busca», escribió en «La Revista Blanca»: «Se ha dicho que Baroja es anarquista. Creo que se calificó un poco apresuradamente al escritor. Es un rebelde que coincidió a veces con los anarquistas, sobre todo los de tendencia individualista.» Esto fué escrito en 1934. Baroja contaba con paso de veinte años menos. Todavía no había sido zarandeado por la convulsión social del 1936. Aun no había, presa de verdadero pánico, abandonado sus papeles y su casa para ir a refugiarse a París. Ya después, acobardado en su vivir de exilado, pidió humildemente permiso al gobierno franquista para de nuevo instalarse en su hogar. Luego entregó a un editor el manuscrito de su novela: «Laura o la soledad sin remedio», novela que, al ser publicada, le valió los elogios de la crítica literaria en periódicos y revistas de España. Era el primer libro que publicaba en régimen franquista. Con él posiblemente intentó tranquilizar a los fascistas, buscando justificar que no compartía el sentir de los «rojos»... No obstante, pese a todo ello, se ha de reconocer lo que Pío Baroja representa por su perenne inquietud de espíritu; por su sólida y selecta aportación en la vida literaria española durante más de medio siglo.

Los hombres de la generación del 98 es sabido que en el ambiente social de España tuvieron una feliz etapa. Su actividad representó un revulsivo vibrante contra todo lo caduco que infestaba el país; contra todo lo que olía a rancia tradición. De ahí que entre los libertarios gozaran de franca simpatía. Con el tiempo, pudo comprobarse que aquellos hombres no representaban la perfección soñada. No estaban, como si dijéramos **en la línea** del anarquismo. Aquellos escritores que habían representado la vanguardia intelectual del país cometieron errores de bulto. Y entonces se les atacó como si se hubiera tratado de apóstatas de nuestras ideas. Y contra Unamuno, Azorín y Baroja, las tres figuras más representativas

de la generación del 98, han llovido toda suerte de dictámenes. Y lo peor ha sido que, al condenar sus errores, sus debilidades, los **traspies** dados en el decurso de su vida, se suele echar en olvido lo que en ellos se puede captar de labor excelente. No siempre se ha discriminado la buena obra, que era de consideración, de lo deleznable, de lo merecedor de repulsa y desprecio.

Estando Baroja en París, como consecuencia de la convulsión del 36, un redactor del diario argentino «La Nación» tuvo con él una entrevista. Escribía el periodista al respecto del mentado escritor: «Prefiere no hablar de política, pero ya lo ha dicho: «Nosotros no tenemos en España un enemigo, sino dos: los blancos y los rojos, que cada cual a su manera quiere hacer nuestra completa felicidad metiéndonos en la cárcel.» Y calla su tercer enemigo, pues lo ha nombrado antes: el miedo, el terrible miedo, que no le hizo flaquear en sus protestas, sino en las consecuencias que traían estas protestas. «Morir fusilado—me dice—, si nadie sabía hasta que hora iba a vivir.» Y habla de su miedo, lo derrama, lo envuelve en anécdotas llenas de coincidencias pintorescas y de dramáticas asechanzas. Lo confiesa y le gusta hablar de él, porque le gusta definirse.» Las observaciones del periodista de «La Nación» son harto significativas. He ahí lo que nos explica la actitud, el modo de ser de Baroja, enamorado de la psicosis del «hombre de acción», y que, careciendo de valor para llevar a cabo gestas heroicas, hilvando en torno de un personaje, Avinareta, una larga trama de aventuras, encerradas en varios volúmenes.

Generalmente, el hombre encariñado con la literatura, el escritor, ha sentido en su juventud el deseo de escribir versos. Se ha dicho que la invocación a las musas es más bien propia de los años mozos. En Pío Baroja ha resultado a la inversa: ha dejado para la vejez aquello de «pulsar la lira». Por donde otros han dado comienzo, en su producción literaria, él concluye. De Baroja se ha dicho con certeza, que siempre ha sido poeta. En efecto: con frecuencia se percibe un hálito de poesía en sus novelas. Al decidirse a escribir composiciones poéticas adoptó el romance, esa forma tan popular en nuestro país. Así es el estilo de su libro de versos «Canciones del suburbio», editado en 1944 por Biblioteca Nueva, de Madrid.

Dice el autor, en su prólogo rimado:

Locura, humor, fantasía,  
ideas crepusculares,  
versos tristes y vulgares,  
eterna melancolía,  
angustias de hipocondría,  
soledad de la vejez,  
arlequinada, zozobra,  
rapsodias en donde sobra  
y falta mucho a la vez.



Viviendo en tiempo brutal,  
sin gracia y sin esplendor,  
no supe darles mejor  
contextura espiritual.  
Es un pobre Carnaval  
de traza un tanto harapienta,  
que se alegra o se impacienta  
con murmurar o gruñir,  
con el llorar o el reír,  
de su musa turbulenta.

Con el epígrafe «Baladas perdidas», Azorín tiene puesta una introducción al libro de versos de su amigo Baroja. Explica que la materia poética del libro es la popular. Agrega que el escritor se condensa en sus versos; de ahí su sustancia popular; «Y con esta sustancia—dice—que compone lo más precioso en la obra barojiana, la independencia, la esquividad, el apartamiento de todo lo aceptado, la aversión a lo falsamente tradicional que informa y da valor a su obra.»

Refiérese Azorín a los escritores no considerados poetas. Cita a Pedro Antonio de Alarcón y a Juan Valera. Destaca que el contraste entre este último y el autor de «Canciones del suburbio» es considerable. Dice: «Valera escribe en falso, sobre sentimientos falsos, conceptos falsos. Baroja escribe sobre realidades auténticas, con datos elementales auténticos, con conceptos que no son conceptos, sino que son sensaciones vividas.»

He aquí como queda grabada en la retina del poeta una impresión de paisaje en la poesía «El Canalillo». Son sensaciones que diríase ofrecen el rasgo de un cuadro de pintor impresionista:

Muchos años hace ya  
que no le observo ni miro,  
ni marchó por sus orillas  
silencioso y pensativo.  
Conservo con mil detalles  
sus revueltas y sus giros,  
las filas de álamos altos  
y el Guadarrama dormido  
en el crepúsculo claro  
como un gran monstruo tranquilo.

Recuerdo, por las mañanas,  
su tono verdoso y vivo,  
y en las tardes de verano,  
las nubes de oro fundido  
que incendian el agua turbia  
con su espejo y sus brillos.

Otra «sensación vivida», que hermana un tanto, en la evocación de paisaje, a la pureza descriptiva de Antonio Machado, nos la ofrece en los versos que titula «El Paseo del Retiro»:

Esas tardes del Retiro,  
en pleno mes de noviembre,  
me dan la impresión romántica  
de un mundo que desfallece.  
El sol brilla entre los árboles  
y en el cielo de Poniente  
nubes sangrientas avanzan  
con resplandores de muerte;  
las hojas amarillentas  
de las ramas se desprenden  
y corren por los paseos  
del parque furiosamente.

Notamos en los versos de Baroja, como en sus novelas, su trazo realista y espontáneo, y esa sutil melancolía que tan magistralmente supo expresar Pablo Verlaine:

Le couchant dardait ses rayons suprêmes  
Et le vent berçait les nénuphars blêmes;  
Les grands nénuphars, entre les roseaux,  
Tristement luisaient sur les calmes eaux.

Azorín menciona a Villon y a Verlaine, haciendo notar la impresión que ofrecen, en sus versos, de lo evanescente, que queda como un algo de lejanía y de ensueño. Dice: «Esa es la impresión profunda, indeleble, angustiadora, que nos da Pío Baroja en su libro. Ha pasado ya todo, se ha disuelto ya todo, no volverá ya nada; no volveremos a vivir el pasado. Cuando se cierra el libro de Baroja, como cuando se lee a Villon y a Verlaine, esa es la sensación que queda en el fondo de nuestra alma. ¿Y qué importará que el verso sea de un modo o de otro? ¿Qué nos dará que la cadencia sea esta o la otra? Junto a tanta y tanta obra poética fruslera—que no dejan huella en nuestra sensibilidad—, las «Canciones» de Pío Baroja nos son caras, porque han puesto en nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser, un anhelo que nos inquieta y que no podemos definir; anhelo que es a la par, acibar y dulzura, esperanza y decepción, leticia y melancolía.»

El propio Baroja, en una «Explicación», que antecede a sus poesías, cuenta como éstas las escribió como simple pasatiempo. Comenta: «He comenzado a leer estos versos, y no he comprendido si vale la pena de publicarlos, aunque sea para un corto número de amigos. Me parecen todos ellos decadentes y, al mismo tiempo, defectuosos, productos de vejez y de neurastenia.» Luego agrega: «Si yo supiera corregirlos—he intentado el hacerlo, sin éxito—, lo haría; pero no tengo norma clara para ello. Si intento mejorarlos, pierden su carácter y se hacen afectados, y si los dejo tal como están, quedan toscos. Este es el pequeño problema que no sé resolver.» No echemos en olvido que Baroja, sin que en ello se vea falsa modestia, tiene una forma harto apabullante de verse a sí mismo. He ahí unos versos de los que pone como final en «Canciones del suburbio»:

Si tenía alguna suerte,  
la tiré por la ventana;  
si tenía algún talento,  
se lo ha llevado la trampa.

Soy como el agua del río,  
que como nunca se para,  
no deja más que rumores  
por los sitios donde pasa.

No fertiliza los campos  
ni produce en su oleada  
más que parásitas yerbas,  
jaramagos y espadañas.

Se ha dicho ya que Baroja es amigo de lo popular, de ese ambiente franco y espontáneo que se respira fuera del cosmopolita amaneramiento de las capitales. Nos lo demuestra a lo largo de su producción literaria, singularmente en su trilogía: «La Busca», «Mala Hierba» y «Aurora Roja». En «Canciones del suburbio», el título ya lo indica, Baroja se complace en evocar imágenes, sensaciones nacidas al deambular, particularmente, por los arrabales de Madrid y por los bulevares exteriores de París.

He aquí algunas imágenes del suburbio madrileño y parisino:

En la calle de la Justa,  
luego llamada de Ceres,  
y más tarde bautizada  
con un nombre poco célebre,  
había hace algunos años  
un barrio de vida alegre;



es decir, muchos prostibulos  
horrorosos, indecentes,  
con unas mujeres tristes  
que recordaban la peste.

\*

Hay sitios negros y tristes  
entre grandezas aquí,  
calles silenciosas, muertas  
y de una tristeza hostil.  
Hay otras muy majestuosas  
con tapiales de un jardín  
y sus fachadas barrocas,  
como en la isla de San Luis.

Hay callejuelas angostas,  
de una miseria senil,  
con un comercio paupérrimo  
y un tono entre negro y gris;  
hay calles con hospitales,  
en que me siento infeliz,  
melancólico, aplanado,  
deseando salir de allí;  
hay también calles siniestras  
hacia el canal San Martín,  
y las que dan a los campos  
santos de Auteuil y Bercy,  
de Montmartre y Batignolles,  
de Montrouge y Gentilly.

Dentro el marco de lo popular hay también en «Canciones del suburbio» algún romance que nos recuerda al Baroja batallador que escribiera aquellas crónicas de aguda crítica social, aunadas en el volumen «El tablado de Arlequín». Si tenemos en cuenta lo que ha de poderse decir en la España fascista actual, no está mal la «Canción de ciegos», que transcribo:

Aunque somos pobres ciegos,  
no nos es difícil ver  
que en España no hay un cuarto  
ni bocado que comer.

Vamos por calles y plazas  
husmeando la sartén,  
sin hallar ninguna cosa

que nos pueda mantener.

Parecemos esqueletos  
sólo con huesos y piel,  
mientras, otros ciudadanos,  
exhiben su redondez.

Somos flacos como husos,  
y otros son como un tonel,  
y os reclamamos por ello  
una pequeña merced.

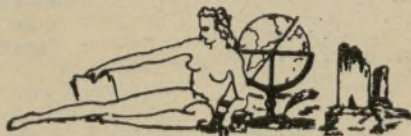
Claro que Baroja, por lo que pudiera tronar, pone entre paréntesis, bajo el título «Canción de ciegos»: (de finales del siglo XIX. Evidentemente, en la actual España caudillal, no hay ciegos, tuertos, ni ciudadanos con buena vista que pasen hambre; ni hay gordos que paseen su obesidad dando envidia a flacos y de-pauperados. ¡Ya se sabe que aquello es ahora un paraíso!...

Tiene ahora Pío Baroja, como ya he indicado al principio, ochenta y tres años. Es una avanzada etapa de la existencia en la que el individuo ha dado ya de sí cuanto podía dar. De ahí que resulten atinado colofón de su libro de poesías estos versos:

Ya nada me preocupa:  
ni el dinero, ni la fama,  
ni los honores y burlas,  
ni los elogios o sátiras,  
y sólo aspiro a dar fin  
con decencia a la jornada  
y disolverme en el éter  
o en la búdica nirvana.

No, Baroja no ha sido anarquista. Ha dado traspiés que nosotros, los anarquistas, censuramos con fundamentadas razones. Pero, quiénes en sus libros hemos hallado inquietud espiritual, pulcritud de pensamiento y amor a la belleza, no estamos en el caso de echar en olvido sus méritos ni dejar de reconocer lo que ha representado Pío Baroja en la vida intelectual de España y en un período de tiempo que abarca más de cincuenta años.

FONTAURA



¿Cuál hubiera sido el porvenir de Europa y las posibilidades abiertas a la Humanidad en general si el espíritu del 19 de julio—resistencia encarnizada y victoriosa contra el fascismo—, si los ideales convertidos en realidad en los días que le siguieron hubiesen conseguido triunfar en España, si la solidaridad internacional, traduciéndose en hechos efectivos, hubiese sostenido nuestra Revolución, si ella y las realizaciones socialistas que la misma entrañaba, se hubiesen extendido por el mundo? Los horrores de la pasada guerra, las angustiosas e inciertas perspectivas de esta post-guerra preñada de amenazas se hubieran descartado y el mundo caminaría con paso firme por el camino del socialismo.



## MANCHAS DE COLOR

# NOCTURNO

**H**AN cerrado las puertas de la casa, la del zagúan y la de la calle, y están todos en la cocina pendientes de que suene el picaporte. Noche de invierno. En el hogar bajo, con bancos fijos a los lados, la lumbre de cepas y troncos de olivo consuela. Al caer las diez, y el pitio del tren de las ocho no se ha oído. El cabeza de familia, forastero, viene en ese tren, sobre cuyo retraso se han hecho múltiples conjeturas. Ahora nadie habla... en voz alta: consigo cada uno, sí. Por veces, la criada vieja levanta la cobertera de un puchero y lo deja a medio tapar: otra menos vieja tiene en el halda un niño que duerme: otra joven, en los brazos, una niña dormida. En el sobrestante que ronca—cavó y está rendido—y la sobrestanta que hila, el primogénito. Oyense las agujas de hacer media en las manos ágiles, ensortijadas del ama. Tizonea la abuela. Nadie habla: sólo los pucheros al fuego borbollan...

Cada cual está entregado a sus pensamientos, quizá al mismo pensamiento: el tren nocturno a toda velocidad alterando el reposo de las cosas y con el humo de la locomotora haciendo más densa la noche: la persecución de los postes, enhiestos al borde de la vía; la queja inarticulada de todo bajo la helor inclemente...

Abre el vástago mayor la ventana, la cierra y vuelve a su sitio. Nada. La luna menguante parecida a un «croissant» en el cielo nuboso. Este hijo—desvelado, impaciente como los demás, abstraído igual que todos, pero con otra imagi-

nación—deja volar libremente su fantasía. Sabe que no puede preguntar porque regañan, sobre no atinar a responderle, y se hace a sí propio las preguntas. Acerca del misterioso, sobrecogedor silencio, que desearía interpretar y no puede ignorar su lenguaje...

«¿Qué pasa ô redor de min?  
¿Que me pasa qu'en non sei?  
Teño medo d'unha cousa  
Que vive e que non se ve.»

Ahora rojea más la cocina enalmagrada y más resalta la espetera. ¿Por qué? ¿Y el humo ascendiendo pausada, trémulamente, como alentada salida de un alma, donde se licúa, en qué parte se desvanece? ¿No será la secuela de nuestros sueños malogrados, de nuestras esperanzas fenecidas?...

Fito, fito está mirándole el gato, ovillado junto al rodafuego. Otras imágenes acuden a su mente: la colación a deshora con la gana pasada: el postrer calentón para retirarse a la cama, los tiritones al desnudarse, los encogimientos entre las holandas...

De pronto, la llamada. Ha cambiado la decoración. Ahora sí hablan. Y en la calle silenciosa, oscura, el sereno canta las diez.

PUYOL

El odio no produce amor; por el odio no se renueva al mundo. Y la revolución del odio, o lo malogrará todo, o resultaría una nueva opresión, que podría tal vez llamarse anarquista como se llaman liberales los gobiernos del día, pero no por ello dejaría de ser una opresión y de producir los mismos efectos que todas las opresiones políticas.—ENRIQUE MALATESTA.

\*

Se parece la «justicia» de Inglaterra y la de muchos otros países a esos malos maestros que azotan a sus alumnos en lugar de instruirlos. Hacen sufrir los jueces a los ladrones tormentos espantosos; ¿no sería mejor asegurar la existencia a todos los miembros de la sociedad a fin de que nadie se

encontrara en la necesidad de robar primero, de ser castigado después? Abandona la sociedad millones de niños a los estragos de una educación viciosa e inmoral. ¿Qué hacen, pues, los jueces? ¡Ladrones y asesinos, para luego tener el sadismo de ahorcarlos!—TOMAS MORUS.

\*

Por escaso que sea nuestro saber y limitados nuestros conocimientos históricos, hemos llegado a comprender, con indiscutible exactitud, que los males que esta sociedad produce son infinitos. Los desastres continuos, que se repiten a diario producidos por el régimen social autoritario, hacen muchísimas más víctimas que cuantas ocasionan los cataclismos imprevistos de la naturaleza.—ELISEO RECLUS.

NUESTRO PROXIMO FOLLETON ENCUADERNABLE :

**"LA GRECIA LIBERTARIA" por HAN RYNER**



# ELISEO RECLUS

## EN BELGICA

(Conclusión)



En la sesión solemne de la apertura del curso, el 22 de octubre de 1895, Eliseo Reclus pronunció el discurso de circunstancias, cuyo tema puede inscribirse bajo el título «La felicidad a que nos invita la ciencia». He aquí el final de su alocución:

«Vivificar la ciencia por medio de la bondad, animarla de un amor constante por el bien público, he aquí el solo medio de convertirla en produc-

tora de dicha, no solamente por los descubrimientos que acrecientan las riquezas de todo orden y por las que podrían hacer más fácil el trabajo de los hombres, sino sobre todo por los sentimientos de solidaridad que evoca entre cuantos estudian y por las satisfacciones que produce todo progreso en la comprensión de las cosas. Esta felicidad es una felicidad activa: no es la egoísta satisfacción de guardar el espíritu en reposo. Sin inquietudes ni rencores; al contrario, consiste en el ejercicio arduo y continuo del pensamiento; en el goce de la lucha que la ayuda mutua hace triunfante; en la conciencia de una fuerza constantemente empleada. La felicidad a que nos invita la ciencia es una felicidad que debemos esforzarnos en conquistar cada día. No hay para nosotros otro reposo que el de la muerte.»

Guillermo De Greef, el sabio sociólogo del que la Bélgica oficial y política ignora hasta el nombre, pero cuyas obras magistrales son conocidas internacionalmente, en un discurso pronunciado como rector de la Universidad nueva de Bruselas, recordaba la hermosa figura de Eliseo Reclus. Invocaba la exclusión de que fué víctima el sabio en 1893 y hacía resaltar el gesto inconsiderado de esa pretendida Universidad libre, contrastándolo con el hecho de que, en 1872, el mundo entero había cubierto con su égida a Reclus, militante de la Commune de París. Guillermo de Greef añadía:

«¿Qué formidable trabajador, a la vez manual e intelectual!

«Y cómo en él aparece en su más perfecta expresión la indisolubilidad del trabajo material e intelectual que cada día se convierte más y más en una realidad! Sería necesaria una vida humana, para copiar todas las publicaciones de Reclus, y ha sido suficiente una vida para ejecutar y llevar a buen término un tal trabajo, en el que el esfuerzo físico y el psíquico están combinados, dando, por esta misma combinación, su máxima energía.

«Y todo esto hecho con una simplicidad admirable, en medio de viajes y de trabajos especiales diversos.»

De esta Universidad nueva, Reclus dirá, en una carta, que ella era «una marmita en la cual se mezclaban bastantes buenas cosas que le hacían preferir

encontrarse allí mejor que en otra parte» (pág. 186).

Terminaba su carta, después de haber escrito algunas consideraciones sobre los abogados que forman legión en esta nueva institución, elogiando a los hombres abnegados sin los cuales la Universidad no hubiera sido un hecho.

«Sin duda nuestra Universidad es una institución como otra—por lo tanto mala—pero, por el momento, representa la lucha. Entramos en ella anárquica y personalmente, para tomar parte en el combate; de ella saldremos mañana.» (2).

Vuelve a hablar de ello a Nadar, el 18 de abril de 1899, diciéndole en una carta:

«¿Qué la suerte de nuestra Universidad no te inquieta mucho? No es ciertamente la obra que habíamos soñado; hace un poco competencia a las otras Universidades, por la fabricación de diplomas, y, además, se ha querido hacer de ella una máquina política. Es esto lo que la ha matado, pero la pequeña brasa que había encendido el fuego de paja, arde todavía y producirá otros incendios.» (3).

Pero a partir de 1900, Eliseo Reclus se da cuenta de que su corazón palpita exageradamente por no importa qué motivo. «Mi víscera cardíaca—escribía a Nadar en febrero de ese mismo año—me impide respirar y trabajar.» Hélo aquí obligado a ser prudente; espera, sin embargo, remendarse un poco.

Para procurar trabajo a muchos compañeros, Eliseo Reclus se había metido en la cabeza fundar una sociedad para la elaboración y la publicación de mapas. Por desgracia, los que frecuentaban a Eliseo no debían ser seguramente de los más honrados, pues a su amigo Nadar confiesa que le han robado y de que manera.

La sociedad debe languidecer, parar el trabajo incluso; no está en quiebra; no debe dinero a nadie, pero Eliseo evita de muy cerca caer en manos de la justicia, gracias al apoyo legal de algunos amigos. Su situación se fué agravando, pues algunas semanas más tarde escribía a Luigi Galleani y le decía «que sus negocios estaban lejos de ser brillantes». «Estoy incluso cargado de deudas.» (pág. 220).

Su salud empeoraba. La enfermedad del corazón obligábase a reposarse. Debíó abandonar su trabajo, apenas tocar a las cuartillas, y, a pesar de ello, sobre él caían las molestias de esta sociedad de los mapas y trabajos geográficos, fundada en Bruselas por un grupo de financieros. Eliseo se había comprometido sólo personalmente; cuando la liquidación se produjo, fué solo, o casi solo, a reembolsar las sumas gastadas, a saldar los trabajos en curso.

(2) T. III, p. 186.

(3) T. III, p. 210.



Habiéndose dejado arrastrar «tontamente», con esta doble esperanza de dar trabajo y de hacer bellas obras, se encontró pronto cubierto de deudas, abrumado por los disgustos, con la penosa obligación, para él, de discutir con gentes de ley y de finanzas. Intentó desprenderse de ellos, pero no fué cosa fácil. A pesar de todo, seguía ocupándose de su Escuela de Geografía «que marcha bien», escribía a un amigo.

Su salud «así, así», «si no me muevo o si lo hago muy dulcemente y de una manera rítmica, va bien», escribe a J. Grave el 17 de septiembre de 1900. Quizá presentía un fatal desenlace, pues hablaba de sentirse «a punto de reventar». «El ruido, las emociones me reducen a cero.» (pág. 234, 236, 265: Liquidación).

Pese a todo, continuó estando profundamente absorbido por sus trabajos y por «el deber moral de colaborar todo el año con sus compañeros del Instituto Geográfico», hasta el punto de declinar la invitación que le hizo Mme Clara Mesnil, proponiéndole ir a pasar unas semanas con ellos en Italia.

En enero 1902, gastó 250 francos para hacer un viaje a Berlín, afín de presentar su invento geográfico: el disco globular.

«Muy bien acogido—escribe a Nadar—me han dado a cambio el grano del elogio y los estímulos.»

En su Instituto ve gente que aprende. Los libros y los mapas que en él se amontonan no son inútiles. «En tiempo de nieve soy muy cardíaco», escribía a Kropotkin, el 11 de febrero de 1902.

Elíseo fué habituándose poco a poco a su estado. En julio de 1902 escribía a su hija Magali que «pasaba, gracias a su prudencia, días enteros sin sufrir. Podría imaginarme que soy todavía joven y válido. Por lo demás, tengo la cara de un hombre sano.»

De reposo, ni hablar: el trabajo le gusta demasiado. Si bien no abusa de él, se desolaría si debiese interrumpir sus ocupaciones variadas, que le descansan, empleándose en ellas unas después de las otras. Para no fatigarse los ojos, prescinde de leer y escribir. La situación económica, aunque no le deje tranquilo completamente, parece menos embarazosa. Ya casi ha terminado de pagar las deudas mayores. Se acabaron las noches blancas atenazado por la inquietud. «Duermo a mi gusto.»

A mitad de 1903, Elíseo Reclus sigue trabajando. La vida es corta, llena, repleta de ocupaciones urgentes. Llega al fin de la jornada, sin haber podido terminar la tarea que se había fijado por la mañana. Los minutos y las horas son siempre demasiado cortos y los pensamientos emplean excesivo tiempo para elaborarse (pág. 257). Es bueno «que yo consagre al trabajo empezado los años que me quedan», escribe en junio 1903, a un amigo que le invita a realizar un viaje a Portugal.

En octubre 1903 reemprende sus cursos en la Universidad nueva. Esos cursos son conversaciones con los estudiantes. Habla de mapas, de relieves, de trabajos que él califica de verdaderamente hermosos—pero que sólo reportan elogios... deudas, miseria... A Nadar, se confiaba un día: «Quizá tu genio, que sobre todo se ha manifestado sacando de situaciones difíciles a los otros, se ejercerá también en mi favor.»

El gran combate del día y de la noche, que remolina sin cesar en torno nuestro, él lo invoca escribiendo a la señora de Gerando, fundadora de una escuela.

Su hermano Elías cae, a los 76 años—víctima de un envenenamiento muy grave, una embolia en el brazo izquierdo. Parece condenado. Elíseo habla de su querido amigo y compañero de ruta. Para Elíseo, la afición es un eterno reparto. Entretanto, corrige, pule, completa su libro: un mamotreto de 4.500 páginas, como él dice. Lo que hay de trágico en el destino de

todo este trabajo, es el fin que encontraron sus magníficas colecciones.

«Después de su muerte—nos dice su sobrino Paul Reclus, hijo de Elías—las colecciones continuaron enriqueciéndose, menos rápidamente, sin duda, pero en 1914, ese centro de estudios geográficos estaba perfectamente catalogado y comprendía más de 40.000 piezas. Desgraciadamente, bien pocos estudiantes hacían uso de él, y cuando, después de la guerra, la Universidad nueva decidió no abrir más sus puertas, esta biblioteca resultó absolutamente inútil en Bruselas. Buscando algún joven organismo que pudiese hacer buen empleo de ella, se descubrió un joven sabio japonés deseoso de abrir en Tokio un «Instituto de Geografía Elíseo Reclus». La biblioteca fué empacutada y expedida; las cajas estaban en el muelle de Yokohama en 1923... El terremoto y el incendio consecutivos dieron fin al proyecto generoso del señor Ishimoto.»

A Emilio Royer, que le pedía noticias de su familia, Elíseo contesta que Elías, desde hace cinco semanas, lucha entre la vida y la muerte. La parálisis se ha apoderado de su cuerpo hasta el diafragma. «No nos atrevemos a conservar muchas esperanzas...» y le anuncia en la misma ocasión que su geografía social está casi lista. Va a poner en limpio los diez últimos capítulos. Espera que la casa Hachette publicará «sus enormidades»... La primera página ya les pareció escabrosa.

El 11 de febrero de 1904, un jueves, a las 4, su hermano Elías se durmió dulcemente. Confía a Nadar que Elías lo deseaba, pues comprendía la inutilidad de la lucha (cf. cartas, pág. 272, 273, 283).

«Seguir recto sin debilidades, como la noble vida lo exige», escribe poco tiempo después (pág. 275, T. III).

En marzo 1904, se siente muy asmático; toma precauciones, anda a pequeños pasos, se detiene de vez en cuando, respira a fondo, y se burla de sí mismo «para que los transeuntes no tengan piedad de mí», y añade:

«Por lo demás, todo este simpático mundo que me rodea es tan amable conmigo que resulta una verdadera suerte estar enfermo.» (T. III, pág. 275).

En agosto, si bien se encuentra mejor, los paseos que excedan los 500 metros le están prohibidos. Regula su trabajo, cortándolo con numerosos reposos. Sin embargo, la labor le reclama; su obra «El hombre» está pronta a aparecer; el contrato está firmado.

Espera regresar a Thourout, donde la sombra de los grandes árboles alternando con los campos dorados, le devolverá la salud. Tan pronto esta mejora, lo aprovecha para desplazarse, estudia los antiguos monumentos, las calles viejas, grabados y cuadros de los museos. Pero la muerte de Elías ha agravado sus crisis, que se convierten en fuertes y penosas. Incluso llega a desear una muerte pronta.

Se recobra; la opresión desaparece casi por completo, y expresa su alegría de poder leer y trabajar, pensar y gozar de la gran dicha de amar la naturaleza, los hombres, los amigos. El fin de 1904 le encuentra con su enfermedad por él gobernada, aunque obediéndole con diplomacia, considerablemente mejorado por el aire puro que ha podido respirar y por los cuidados que le rodean. Regresa a Bruselas, para reemprender el trabajo.

«En efecto, mi tarea que consistía en vigilar dos publicaciones semanales, la una en París y la otra en Inglaterra, me obliga a una atención muy sostenida; y debo estar lo más cerca posible del viento; dicho de otra manera, no abandonar mi gabinete de trabajo más que obligadamente.»

Se trata verosímilmente de la publicación de «El Hombre y la Tierra».



¿Por qué continuó en Bruselas? Elíseo Reclus, en una carta escrita el 25 de octubre de 1904 a Clara Mesnil, escribe: «Bruselas se ha convertido para mí en el eje de mis actividades; aquí está mi lugar de trabajo; es aquí donde tengo los libros, los documentos, los asociados para la obra común, y para mí el trabajo me es más precioso que la salud y la vida; por lo demás, la vida y la salud dependen, hasta cierto punto, de la función del trabajo: vivo porque actúo, y en el mismo sentido de los instintos, de las tendencias, de las costumbres, me veo naturalmente llevado, en virtud de la engañosa Maya, a considerarlo todo como un deber» (1).

El 24 de noviembre de 1904, Elíseo Reclus se debate con la tormenta más agresiva del invierno. Si se agarra a Bruselas es para evitar que los editores lo dejen todo dormir «si yo no estuviese aquí para hostigarlos, para hacerles preguntas, exigir respuestas, fijarles fechas. Para dirigir mi navío, precisa que tenga la mano en la barra.»

Hénos en el 6 de febrero de 1905. Elíseo Reclus escribe a Pedro Kropotkine que está en París para hablar de Rusia y de la revolución:

«Desgraciadamente, debería hablar con palabras de fuego, y sólo puedo ofrecerles un soplo asmático. Sin embargo, pondré en mis palabras toda mi alma.»

Elíseo Reclus no pudo pronunciar su discurso «conmovido por la alegría de encontrarse en ese París revolucionario, he debido sentarme, después de haber hablado cinco minutos: mi corazón no podía más.» Un camarada leyó el discurso.

El periódico belga «La Tierra», órgano del socialismo racional, publicó este discurso (2). Hecha retazos, esta oración no significaría nada, cuando es de una riqueza de pensamiento extraordinaria, de una belleza de forma maravillosa, de un vuelo patético.

El 21 de marzo de 1905, escribe a su amigo Nadar que acaba de levantarse de una gripe, que le ha atacado en diversos puntos sensibles, dejándole tranquilo, por fortuna, en lo que respecta al corazón. Durante doce días ha tenido que guardar cama, y la convalecencia le produce una gran fatiga.

De nuevo se siente dispuesto «a morder la buena manzana de la vida». Hasta el último instante, Elíseo Reclus habla de la existencia con su franqueza habitual.

«Las dos poderosas atracciones que me ligan con más fuerza a la vida, las conocéis. Son, primero: la afección, la ternura, la alegría de amar, la felicidad de tener amigos y de hacerles sentir que se les quiere, que sólo se les pide que se dejen amar, y que toda prueba de afecto es un encanto gratuito. Después viene el estudio de la historia, el goce de ver el encadenamiento de las cosas. Sin duda, en este estudio hay una gran parte de imaginación: la engañosa Maya nos guía ahí también sobre muchas pistas falsas, pero hay así mismo una gran alegría en el reconocimiento de los errores.»

Elíseo Reclus soñaba, como los florentinos del siglo de oro, de tallar él mismo los caracteres que debían servir para la impresión de sus libros. Es preciso vivir, sentirse vivir junto al obrero, los que componen y los que corrigen; por desgracia el trabajo está tan industrializado (pág. 316) que él lamenta no intervenir para nada en él y esto le disgusta y le obsesiona, ya que el 10 de abril de 1905 vuelve a hablar de ello:

«Trabajo en mi libro sin continuidad y por lo tanto sin placer: el autor, el editor, el impresor, los dibu-

jantes, los correctores, no se conocen entre sí. La obra carece de unidad; me siento casi hostil a ella.»

A su camarada y hermano Luigi Galleani le dice, el 15 de mayo de 1905: «Mi vida es poco agitada; ella transcurre principalmente ocupada en luchar contra las enfermedades y flaquezas de la edad; pero sobre esos detalles no necesito detenerme, pues tengo aún los compañeros que me quieren y a los que quiero, las obras a continuar e incluso a empezar y el gran curso de la historia contemporánea y futura a contemplar. Las noticias que me das, las que me aportan otros compañeros, me hacen amar la vida... ¡a pesar de todo!»

Elíseo Reclus prosigue su labor, correspondencia y correcciones de pruebas, vigilancia de los asuntos, a pesar del poco aliento que le resta; pero «pienso en los amigos me devuelve la alegría y la salud».

De Thorout, a donde ha ido a reposarse y a cuidarse, escribe, con fecha 29 de mayo 1905, que, encadenado a su trabajo, a sus costumbres, los viajes se le han hecho penosos: «Antes conocía las alegrías del movimiento; conozco ahora el confort de la anquilosis».

Así terminó Elíseo Reclus en Thorout una vida cuya dignidad sólo se iguala con el deber de una existencia toda ella consagrada al trabajo y a la solidaridad. El 6 de julio de 1905, Paul Reclus, en una carta dirigida a Pedro Kropotkine, le dice que ha conducido a Elíseo Reclus al cementerio de Bruxelles, solo, absolutamente solo.

Fué la última recomendación de Reclus: «¿Qué nadie siga mi féretro, ni los míos, porque todos los demás amigos quisieran hacer lo mismo!»

Y Paul Reclus relata a Kropotkine los últimos instantes de su tío:

«No cesaba de desmejorar desde hacía semanas; crisis sin cesar repetidas, más y más frecuentes, disminuían las esperanzas que a su alrededor se guardaban.»

«Las visitas de gentes indiferentes provocaban en él crisis «las de los amigos» le emocionaban todavía más y le sumían casi regularmente en crisis dolorosas.»

Algunas horas antes de expirar, escuchó la lectura de las noticias de Rusia: los marineros del «Knia Potemkine» se habían sublevado. Su semblante resplandecía de gozo y de esperanza. Haciendo un esfuerzo sobrehumano se incorporó, se enderezó. «En sus ojos había esa llama de juventud sin la cual nadie podrá imaginárselo y exclamó: ¡La revolución, por fin la revolución! Y lanzando este grito se desplomó: exhaló su último suspiro.» Acababa de terminar el prefacio de «El Hombre y la Tierra» para la edición rusa y de dictar algunas notas para una postrera obra.

Tal fué el fin de este hombre, de este sabio, de este geógrafo, que, ante todo, fué y quiso ser anarquista. Un hombre y un anarquista; no lo olvidemos jamás al invocar su vida y su obra, pues olvidarlo sería injuriarle. Trabajó por pertenecerse, a fin de poderse dar; quiso ser fuerte, para poder actuar con más eficacia, pues, como escribía él mismo en una carta: «Habiéndolo todo recibido de los otros, quiero devolverlo todo a los demás.» «¡Haz lo que debes, pase lo que pase!», he aquí una moral que creo conviene a hombres cuyo deber es servir a la humanidad, incluso cuando el infortunio es la recompensa de toda una existencia, ofrecida al culto del bien, de la belleza, de la justicia, de la vida y de la libertad.

10 de julio de 1955.

HEM DAY

Traducción: F. M.

(1) T. III, pág. 291.

(2) Núm. 26, del 24 de julio al 1 de julio de 1906.



# LA VIDA

## Y LOS LIBROS

### «HACIA LA HUMANIDAD LIBRE»

Enrique de FRANCISCO

(Ediciones Alianza, México, 1955)

«ERRORES Y ACIERTOS MARXISTAS», se substitula este libro, en el que Enrique De Francisco estudia, examina y revisa muchos de los aspectos económicos sobre los que se levanta el socialismo marxista.

De Francisco es un viejo militante socialista, amigo y compañero de actuación y de lucha de Largo Caballero. A pesar de sus muchos años, esta obra revela una magnífica lucidez de espíritu y un honrado deseo de contribuir al esclarecimiento de las teorías marxistas sobre el capital y el trabajo.

La primera parte de la obra está dedicada a la síntesis y divulgación de «El Capital», de Carlos Marx, piedra de toque de las concepciones económicas del marxismo. El sistema es nuevo e interesante, pues numera y apostilla todo lo que sirvió de base polémica a Marx para sentar su teoría económica. De esta forma el libro básico del socialismo marxista aparece despojado de su enorme hojarasca y las teorías explicadas de forma mucho más clara y comprensible.

En el Libro segundo, el primer capítulo se titula «Errores y aciertos del marxismo». En él, De Francisco dice, con loable independencia de juicio: «Considerarse marxista, no ha podido nunca significar que nuestro derecho innato al libre examen quede invalidado para analizar si «todas» las afirmaciones y conclusiones de la doctrina marxista son exactas y para oponer razonamientos a aquéllas que—con acierto o con error—, reputemos equivocadas. Por el contrario, analizar aquellas afirmaciones, impregnarnos de su significación y alcance y oponer razonadamente las objeciones que en nosotros despiertan, afirmamos que es un homenaje tributado al gran filósofo y economista que le dió nombre.

Hemos leído con atención y simpatía «Hacia la humanidad libre». Desde luego, Enrique de Francisco no opone al marxismo y a Marx la crítica que le opondríamos nosotros ni señala aquellos errores y aquellas fallas que en la doctrina marxista vemos los libertarios. Pero es un libro sereno, objetivo, intelectualmente honesto, en el que un hombre encarnado en la lucha por el socialismo expresa sus discrepancias y sus inquietudes ante lo que le parecen puntos vulnerables, sobrepasados unos por los acontecimientos, otros par-

tiendo ya, de origen, de una base falsa, de las teorías económicas del marxismo.

En la tercera parte o Libro tercero, aborda De Francisco el problema de la unidad de la clase obrera, abogando por una única Confederación Internacional del Trabajo. En esa parte, y en las consideraciones que la ilustran, es donde nuestra discrepancia, no ya con Marx, sino con De Francisco, se acentúa. De Francisco, como todos los socialistas modernos —y ese es el error del socialismo, no imputable sólo a Marx, sino a sus seguidores y exégetas de la doctrina marxista— pierde de vista las características exactas del problema y lo que ha sido y es la obra y la presión internacional del capitalismo, aprovechando las fallas del socialismo democrata para inutilizarlo y convertirlo en fuerza de orden, hoy al servicio de los Estados. La revolución económica preconizada por Marx, cede hoy el paso, en las doctrinas socialistas, a la acción política. No hay hoy más socialistas revolucionarios que nosotros, rama izquierda del socialismo. Y toda unidad de la clase obrera que tienda a entregarla, más inerte, más atada todavía de pies y manos de lo que está, a una fuerza, a su vez filtrada, domada, desviada de los verdaderos y auténticos intereses de la clase obrera, no haría más que servir la causa de los eternos enemigos del proletariado, de las eternas fuerzas opuestas a la libertad de la Humanidad.

En honor a la verdad, señalamos estas objeciones al libro de De Francisco... Desde luego, él no estará de acuerdo con nosotros. Si lo estuviese, hace años que hubiera militado en nuestras filas, no en la U.G.T. y el Partido Socialista Obrero Español, pues lo consideramos hombre sincero y que profesa honradamente las ideas que defiende.

—O—

### «HISTORIA SEXUAL DE LA HUMANIDAD»

Eugen RELGIS

(Editorial Américalee, Buenos Aires, 1955)

Nuestro querido amigo y colaborador Eugen Relgis ha resumido en este volumen, magníficamente presentado, como todos los que edita Américalee, los diversos aspectos de la influencia del sexo en la historia.



En su primera parte, abarca el problema de la regeneración humana por medio de la eugenesia. Con su vasta cultura y su amplio conocimiento del problema, Relgis enraiza en ese nuevo aspecto de la moral y de la ciencia, lo que podríamos llamar las bases éticas de la vida nueva. El concepto de la maternidad consciente y de la selección de la especie, no ya por medio de la lucha brutal por la existencia, sino por la eliminación de las taras hereditarias mediante una práctica inteligente de los principios eugenésicos, es expuesto y analizado con la maestría a que nos tiene habituados nuestro amigo.

La segunda parte lo constituye un resumen del interesante libro «GRANDES PROSTITUTAS Y FAMOSOS LIBERTINOS», escrito por Emilio Gante y E. Armand, que Relgis titula «HISTORIA SEXUAL DE LA HUMANIDAD».

Conocido es de muchos de nuestros lectores ese libro, que en España editó, «Estudios», de Valencia, y que E. Armand publicó en «l'En dehors». Pocas obras hay de síntesis más interesante que esa en lo que a la influencia del sexo en la historia se refiere. Sabida es la teoría de Freud, que sostiene que el sexo ha sido, más todavía que las causas económicas, la determinante de todos los acontecimientos políticos, artísticos y sociales en el mundo. Teoría desde luego discutible, pero que tiene visos de verosimilitud, si la historia es simplemente la crónica de los sucesos que nos enseñan en las escuelas.

La historia del Hombre, vista por Reclus, difiere considerablemente de ésta un poco simplista concepción freudiana.

La tercera abarca el período entre las dos guerras mundiales, ocupándose particularmente de lo que fueron los excesos y las aberraciones sexuales en la Alemania nazi. Un último documento, muy interesante, se ocupa de las concepciones sobre el amor y la familia en la Rusia soviética y de todo el proceso producido en las costumbres y las leyes desde la revolución rusa hasta nuestros días.

Obra cautivante, que se lee sin fatiga del principio al fin y en la que se hallan resumidos todos los aspectos del problema sexual, desde el pasado conocido hasta hoy.

Como anexos, hay cuatro capítulos, los cuatro abarcando aspectos importantes: «¿Qué es la vasectomía?»; «La patología mental en el erotismo religioso»; «La Liga Nacional sueca para la educación sexual» y «La emancipación de la mujer».

Con este libro el prestigio literario de Eugen Relgis se afirma una vez más, así como el valor espiritual del escritor, persiguiendo apasionadamente la misma justa y noble causa: la liberación moral de la humanidad de todos los fantasmas míticos, de todas las aberraciones y enfermedades que la han hecho esclava y desgraciada.

—0—

### «MARCO»

Charles BRIAND

(Les Lettres Libres, Paris, 1955)

He aquí una buena, una excelente novela, a pesar de algunos errores y de algunas fallas, apreciadas sobre todo por nosotros, lectores españoles.

En un estilo nuevo, original, Charles Briand aborda el drama de la mujer, pugnando por emanciparse de la esclavi-

tud del sexo, esclavitud natural y esclavitud social. El tema no es nuevo—¿cómo olvidar toda la obra de Margueritte, de Romain Rolland y de León Frapié en torno al mismo asunto?—pero hay en ella un «aire de hoy», que actualiza el problema y lo plantea de nuevo para la juventud moderna, con todas las variantes introducidas al mismo por la evolución de las costumbres y la diferencia de las generaciones.

El argumento puede resumirse así: Una madre y una hija, viviendo dos vidas y dos conflictos hijos el uno del otro. La madre, Marco, es una «emancipada» que ha querido tener un hijo sin casarse ni someterse a ninguna esclavitud ni compromiso con ningún hombre. Y es el conflicto posterior de esta hija sin padre lo que constituye el nervio de la novela...

Charles Briand ha planteado el problema de la libertad en el amor, del derecho a la maternidad, sea por medio de un donador elegido por la mujer, sea por la inseminación artificial. Pero luego, ante las posibles consecuencias que pueden producir las situaciones creadas por la utilización de esos procedimientos de generación, vuelve a las reglas clásicas. Y Lucette, la hija sin padre de la mujer sin hombre que fué Marco, colabora con su padre verdadero en la lucha por la adquisición de un nuevo estado civil. Y Marco, la «emancipada» de ayer, víctima de complejos y de «refoulements», acaba por ser la mujer del padre natural de su hija. Tout rentre dans l'ordre naturel... et bourgeois!

Como españoles, tenemos que señalarle a Briand; que en Sitjes no se huele el olor de los naranjales, por la simple razón de que hay muy pocos. Precisó llegar hasta cerca de Castellón, para embriagarse con el olor del azahar.

Que resulta realmente extraordinario—a pesar de los enamorados amándose a la sombra de las carretas que llevaban los hombres y las mujeres a la guillotina bajo el Terror, como cuenta Anatole France—que en el mes de marzo de 1939—entrada de Franco en Madrid—dos extranjeras estuviesen ahí tranquilamente instaladas, sin dedicar ni una palabra a los acontecimientos que a la fuerza debían desarrollarse en torno suyo. España no era país recomendado a los turistas en aquellos tiempos e incluso nos preguntamos cómo diantre se arreglaron Marco y su hija para llegar hasta allí en plena guerra civil, tanto si entraron en España por un lado como si entraron por otro.

Y pasemos por alto otros anacronismos, propios de todo extranjero cuando sitúa la acción de una novela en país que desconoce o que no conoce suficientemente.

No queremos negarle a «Marco» lo que tiene de bueno: una trama bien llevada, interesante desde el principio al fin. Un personaje de mujer, logrado, a pesar de que siempre lo vemos en penumbra y en perspectiva; o a través del diario de la hija o a través de su propio diario, leído al cabo de veinte años por esta misma hija: Michèle, o Marco, la que da título y el valor a la obra. Y conseguir dar vida a esta mujer apenas entrevista, es un loable «tour de force» para un autor.

Sólo lamentamos las concesiones hechas por Briand al concepto burgués de la familia. Tanto Sylvère Darnaud, como Marco, en el fondo una mujer rica y desocupada que puede permitirse el lujo de crearse conflictos y complejos, están muy lejos de ser auténticos espíritus libres, tal como les hace reaccionar el autor... Moralmente, Marco no es superior a Mónica Lhorbier ni puede compararse con la inolvidable Annette de Romain Rolland...

Pero es una novela de hoy, escrito hoy, para lectores de hoy, planteando el mismo problema que nos apasionó en nuestra juventud y que apasionará a todas las juventudes.



## «Geografía de España y países de lengua española»

H. JOAN

(Ediciones L.E.E., Toulouse-París, 1955)

Para esta juventud española que crece fuera de España, ignorándolo todo de España, la magnífica «Geografía» de Joan será un libro atractivo e indispensable. A través de él aprenderán a amar la tierra española, despojada de lo que constituye su inmensa lacra, su gran fealdad: los hombres que han hecho de ella un infierno, cuando su clima, su flora, su fauna, todo lo que constituye el conjunto ibérico, la destinaban a ser un Edén.

Muchos mapas, innumerables grabados de monumentos históricos, de ciudades, de panoramas, la ilustran y hacen su lectura aún más amena.

Completa la obra un resumen geográfico de todos los países de habla española de América. Es, por así decirlo, un manual de la hispanidad, a través del que todo cuanto fecundara y anima todavía nuestro espíritu y nuestra lengua se pone de manifiesto. Como no habla de historia, ese resumen puede ser objetivo y no se entenebrece con ningún recuerdo sombrío ni con ninguna mancha. Lo que los españoles dejaron en América y que sobrevive a su forzado abandono, es lo único que hoy entaza a todos esos países con la antigua metrópoli: los lazos de un idioma común. Porque los que sembraron, no la vida si no la muerte, por Indoamérica; los que destruyeron civilizaciones, exterminaron razas e impusieron por doquier la violencia y el fanatismo, son los mismos que hoy los imponen en España. Es el mismo espíritu inquisitorial que abrió el abismo entre las Américas y España, que alentó todos los movimientos de independen-

cia y desmembró el viejo imperio, donde no se ponía jamás el sol.

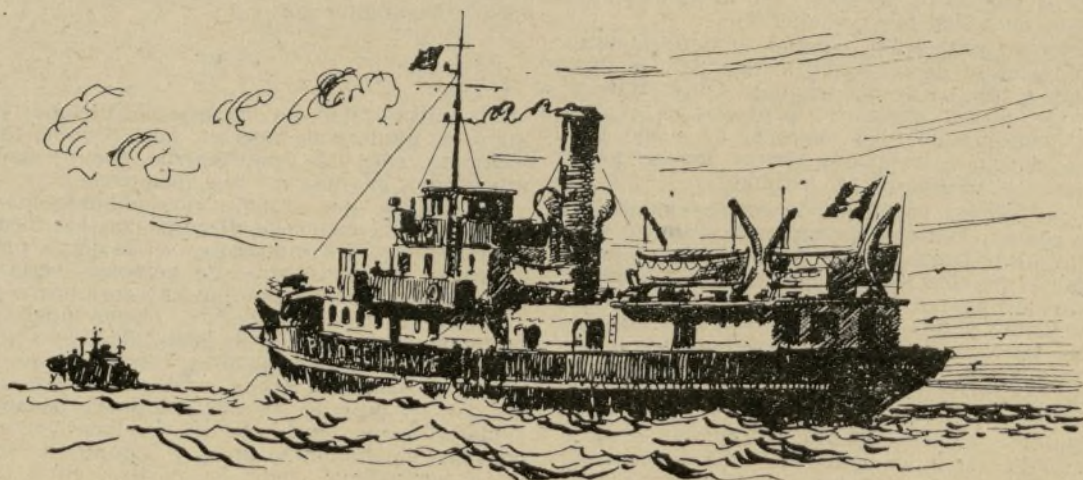
H. Joan lo reconstruye espiritualmente, incorporando a la auténtica hispanidad los pueblos que hablan nuestra lengua. Lo reconstruye, sin curas, sin conquistadores, sin virreyes, sin expoliaciones ni exterminios. Por obra y gracia del conocimiento y de la comprensión, del valor intrínseco de los hombres, más inmortales, como especie, que el feroz Dios de los católicos, concurrente de los viejos dioses aztecas e incas, no más feroces que él.

En suma, una buena obra, como libro, como edición y como finalidad.

¡Ojalá se escribiera y se editara en el Exilio para el mismo uso y con la misma intención, una buena «Historia de España»! Así nuestros Servicios de Librería y los hijos de los refugiados, no pasarían por la vergüenza de vender y de leer las «Historias de España» que hoy circulan, se venden en nuestro país y sirven de texto a los niños españoles. Aún aquellas escritas antes de 1939, han sido de tal manera expurgadas y adaptadas a las «necesidades» de la causa franquista, que todas son absolutamente ilegibles. Por regla general, hay dos «Historias»: la oficial, la de los libros de texto, y la verdadera, la que no se escribe o se escribe siglos más tarde, cuando son otras las circunstancias y los intereses dominantes. Pero es que, aún dentro de la oficialidad de la historia, lo que hoy se sirve como tal y se utiliza para la enseñanza en las escuelas de España es un absurdo y un remedo de cualquier mediana historia enseñada en cualquier mediano país del mundo.

¡Cuántas cosas habrá que hacer en España, cuando caiga el franquismo, y cuántas podrían hacerse en el Exilio, en tanto el franquismo no cae! Olvidamos con frecuencia que hay que combatir al enemigo con muchas armas y que la de la cultura, no es ciertamente la menos importante.

Federica MONTSENY





# *Hablar para ser comprendido:* **Lenguaje anarquista**



EL mismo modo que, sin ser calificado de completa ignorancia, se puede haber olvidado la longitud del Yang-Tse-Kiang (1), también está permitido, sin por eso renegar de toda cultura, no tener en la conciencia permanentemente el peso molecular del dietiparantirofeniletiofosfato.

Pertenezco yo, por mi parte, no temo el confesarlo, a la categoría de gentes de instrucción media que no son aptas a comprender las cosas complicadas si no se las presentan con sencillez.

Ciertamente, ni ignoro el peligro de las significaciones mal concebidas. Los doctrinarios fanáticos son lo que se llama «terribles simplificadores», al reducir a todas las cosas en un pequeño número de nociones que afirman verdaderas y fuera de las cuales sólo hay error y maledicción. Los doctrinarios fanáticos—religiosos, políticos y otros—se transforman siempre en verdugos de la humanidad inquietados en administrarle una felicidad que cuadra con sus certidumbres. Pero estas gentes creen verdaderamente muy simple al mundo. Lo imaginan a la medida de su espíritu. Yo no pido que se ensaye en persuadirme de la simplicidad de un mundo que sé complejo, y que es múltiple y misterioso; entiendo que la simplificación debe ser un sistema confesado, algo así como una pedagogía, que facilite la vulgarización de los conocimientos, que debe tener la precaución en advertirnos que se esquematiza siempre. Así desaparece su peligro y sólo subsisten sus ventajas (2).

La primera simplificación, cuando se tiene la ambición bien modesta de ser comprendido por los que nos escuchan o leen, es la del lenguaje. Quien quiera haya reunido a un auditorio, proyectando comunicarle su pensamiento, debe hacerlo de modo tal, que no se arriesgue a mostrarse oscuro, incluso para el más ignorante de los que lo escuchan.

Bien sé que existen cenáculos de «snobs» en donde se admira cuando menos se comprende. Admito que no doy aquí una buena receta para quien en esos medios toma la palabra. Por mi parte, si se me habla un lenguaje que no me es inteligible, si se carga la lengua que hablo y que comprendo (3) con términos que me son tan oscuros como si perteneciesen a un vocabulario exótico, lo confieso, me dan ganas de marcharme, ya que no retiro de la audición ni luz ni provecho, y en horror tengo el perder mi tiempo. Por consiguiente, el pensamiento más genial es para mí un galimatías si no se toma la cortés precaución de expresármelo mediante frases claras y empleando

palabras que conozco, aunque para esto se debiese esquematizarlo y simplificarlo. Simplificación que es honesto anunciarme con nota preliminar, y si es necesidad, con las reservas que esta alteración eventual pueda tener.

Naturalmente, no tengo la intención de negar la necesidad y la pertinencia del lenguaje técnico. Importa poco que un vocabulario sea muy sabio, muy especializado, muy esotérico, desde el momento que sólo puede utilizársele en presencia de quienes lo comprenden. Pero salido de este círculo obligatoriamente restringido, es conveniente emplearlo con prudencia y haciendo luz continuamente con la propia linterna, siendo el interés de unos comprender y el de otros ser comprendidos.

Hémos ante unos ingenieros que discuten un problema de mecánica; sólo pueden resolverlo empleando las fórmulas algebraicas, a las que no se puede tener acceso si no se han hecho estudios particulares. El problema resuelto, darán sus indicaciones a los obreros, pero despojándolas de todo bagaje matemático que sería, para los ejecutantes del trabajo, abstracción y oscuridad. Les hablarán, no en términos de técnica, sino en términos de oficio.

Y si el obrero, al salir de la fábrica, quiere a su vez iniciar un profano en el trabajo que está haciendo, dejará a un lado todo vocabulario profesional—circunscrito a las gentes de su corporación—y se ingeniara encontrando el lenguaje ordinario de los equivalentes, sólo introduciendo palabras técnicas después de haberlas traducido y haber familiarizado, poco a poco, a su auditor con ellas.

\*

La multiplicidad de las especializaciones hace pupular en número de más en más grande, las jergas técnicas, cada una comprendida por un número de interesados de más en más pequeño.

Un hombre que, aunque no hablando más que el francés, sería capaz de discutir con los médicos, los electricistas y los impresores en la jerga profesional de estas tres categorías de personas sería—aunque sólo hablase una lengua—un extraordinario políglota.

Y como el caso es muy raro, el que quiere ser comprendido tiene interés de simplificar su lenguaje y emplear los «denominadores comunes» que son las palabras sencillas. (Dejo voluntariamente aparte a los que no quieren ser comprendidos, pedantes obsesionados de un léxico oscuro y rebuscado, sacerdotes continuando hablando latín, y algunos de sus imitadores persuadidos, como los médicos en el tiempo de



Molière, que una erudición macarrónica se impone para el espíritu de los MINUS HABENS.)

Verdad es que los médicos, discutiendo entre ellos cuestiones de anatomía o de posología, sólo pueden hacerlo usando palabras que nada dicen al profano. Ante mis ojos tengo una tesis en donde, hojeando las páginas veo «el estado funcional de la SINAPSIS MIONEURAL», los AXONOS PLEXIFORMES encontrados en las AMIOTROFIAS se codean con la afirmación de que «el NEUROCLADISMO terminal encontrado en la DISTROFIA MIOTONICA puede ser observado en la DERMATOMIOSITIS». Como decía alguien: «A mí me parece bien.» (4).

Georges Duhamel (5), en *Le Figaro* (6), de los días 21 y 22 de mayo de 1955, consagra algunas líneas al papel de las humanidades entre los médicos, que, sin el conocimiento del griego, base de todo vocabulario científico, se arriesgan a no encontrarse en la terminología de su profesión, diciendo notablemente:

«Sendrail aconseja el insistir sobre la formación humanista: tiene razón. Esta formación sería tanto más perfectamente desinteresada cuanto que tendría aún el mayor de los premios: la pura gimnasia intelectual siendo tan necesaria que la otra, la corporal; pero, en medicina, el griego y el latín son muy necesarios para la comprensión de las palabras. Conozco a jóvenes médicos de gran mérito que nunca optaron por el griego. ¿Saben que la terminación *ita* orienta una familia de palabras que caracteriza a las inflamaciones? ¿Qué la terminación *algia* indica el dolor, salvo en coxalgia, que se emplea por coxita? ¿Qué el prefijo *dys* marca la dificultad encontrada en una función? ¿Y, cómo pueden comprender, por ejemplo, a la palabra *pterygion*, usada por los oculistas? Sólo cito este ejemplo. La cosa es asombrosa.»

Es posible que Duhamel tenga razón, en el sentido que se dirige a médicos: si quieren ejercer su arte, necesario es que de él aprendan la lengua. Pero el resto de los mortales no puede ponerse en el lugar de los médicos, o de los técnicos de las radiodifusoras, o de los buzos marinos, o de los geometras. Somos millones para los cuales una línea no es más que una raya, y un círculo un redondel, ¡cómo para Pascal en sus comienzos en el genio!

\*

El periodista americano Holmes Alevander nos anuncia, en *Tomorrow's Air Age* (7), que el ejército del aire de los Estados Unidos trabaja, desde hace algún tiempo, forjándose su lenguaje técnico; por consiguiente, la aviación, creemos, poseía ya uno, y he aquí ahora que ya no lo considera como tal. ¿Qué ocurrirá cuando crea poseer uno verdaderamente! No se podrá hablar de aviones sin ser aviadores...

¿Hecho nuevo? No. Simple desarrollo de un hecho antiguo. Se sabe que cada escuela filosófica tiene su vocabulario constituyendo algo así como un código cifrado. Los tomistas, por ejemplo, han creado neologismos (tales como «connaturalidad») que sólo ellos emplean. Hay palabras que, en Kant y en Spinoza, tienen una significación que no tienen en ninguna otra parte, circunscrita al autor y a su teoría. Lo cual es una confusión del género de la que ha terminado haciendo de la palabra «empírico» lo contrario absoluto y diametralmente opuesto de la palabra «experimental», cuando su significación primera era idéntica. Lo mismo que una jerga político-jurídica ha conferido a la palabra «sanción», que equivale a «aprobación», el sentido de «castigo» que es justo la antítesis. En cuanto al patos (8) de la poesía moderna, es sólo audible para los iniciados entre los cuales no me encuentro; ¡oh! y no taxo a los que practican la

eschizoidia... no, prefiero humildemente creer que, como en materia de ciencia, hay, ahí aún, una técnica que me escapa...

En una excelente charla hecha al principio de mayo (9) en el Centro de *L'Unique* (10) por nuestro sabio camarada Edgar Wolf (Edward Flower)—que siempre tengo gran placer en escuchar—éste narraba que algunos psiquiatras habían notado en Arthour Rimbaud señales de esquizoidia fundándose en su inclinación por los neologismos. La tendencia, dicen, a forjarse un vocabulario especial de propia invención, en un individuo, es un síntoma esquizoide. De este modo, los psiquiatras en particular y los médicos en general serían, si se siguiera este razonamiento, los más grandes esquizoides de la tierra, ya que han inventado con todas sus piezas y a su uso un idioma profesional del que no prodigan la clave.

Que lo utilicen entre ellos porque eso sirve a su búsqueda y clarifica su entendimiento está muy bien. Apoyándose en raíces griegas ingeniosamente articuladas, componen largas palabras que producen vivos resplandores en sus debates. Queremos nosotros, (nosotros que seguimos siendo bárbaros (11) en las profundidades de esta civilización demasiado complicada para nuestras modestas comprensiones) que tengan piedad de nuestra ignorancia y nos hablen nuestra buena lengua ordinaria. Ella vehicula, en su forma común, bastante sabiduría y humor para poder encargarse de un poco de ciencia sin que por ello se deba desfigurarla.

Estoy bastante de acuerdo con el naturalista americano Alan Devoe (12) cuando, en un libro titulado *This fascinating animal world* (13), Nueva York, 1951, declara que no le agrada mucho que se le califique de «zoólogo», deseando para él, el título sin pretensión de «naturalista animalero». Escribe:

«Zoólogo» es una palabra oficial y áspera. Contiene una idea de técnica científica; la frialdad del griego aparece en ella, evoca visiones de blusas blancas, de instrumentos niquelados; indica las muchas horas consagradas a disecar el ganglio trifacial de la *rana clamitans* (la rana verde). «Biólogo» no es mejor. «Naturalista» designa al hombre que quiere saberlo todo, en la naturaleza. Pero cuando se habla del «naturalista animalero», uno se da cuenta que el objeto de su estudio, es el de los animales en la naturaleza, los animales vivos, los animales en su propio terreno.

«¿Trepan algunas veces los woodchucks a los árboles? Nada prueba que un zoólogo lo sepa. Sabrá, es verdad, el nombre científico del *woodchucks*; es capaz de conocer hasta el milímetro la longitud de sus bigotes y de trazar con precisión los lazos de parentesco que unen a esta variedad (americana) de la marmota, con la subespecie que se encuentra en los alrededores de Basilea (14). Pero, ¿trepan los *woodchucks* a los árboles? ¿Por qué, si trepan, lo hacen? ¿Qué es lo que hacen, una vez que han trepado a ellos? He aquí lo que un naturalista animalero tiene ganas de saber.»

Muy bien dicho. No se trata evidentemente de trasladar la zoología, a lo que era en tiempos de Buffon. Pero muchas gentes que no son y no serán nunca zoólogos, se interesan con pasión, sin embargo, por los animales, y no son capaces de hablar de ellos o de escuchar hablar, sino se habla en una lengua despojada de términos técnicos—la de Buffon era un modelo.

Alan Devoe concluye:

«Hay que darse cuenta que muchas verdades en este mundo toman toda su significación cuando son presentadas en forma no científica.»

Observación juiciosa que nada quita, además, al valor de la ciencia y no trata de disminuirla.



Nadie soportaría que se le impusiera, como insecticida, al **dietiparanitrofeniletiofosfato**; nombre de una longitud malgache, ha tiempo sustituido por la sigla D.D.T., cuya acepción todos conocen.

Entre los filósofos, la terminología tampoco se simplifica y no es en ellos donde se evitarán los conceptos demasiado intrincados. Se diría que buscan la oscuridad porque da la ilusión de la profundidad.

Es en «**Le Figaro**» (decididamente, váis a imagináros que sólo leo este periódico) donde Claudio Mauriac, el 18 de mayo último (15), hacía alusión al hermetismo de Abellio.

Abellio es un autor insondable, vertiginoso y no soy yo de talla para hacerme espeleólogo de los asombrosos abismos abiertos en los abismos de su estilo. Para mí, esos abismos sin fondo, son un inmenso vacío apenas estrellado. ¿Existen acaso gentes que puedan explorar a Abellio como pueden seguir a Einstein hasta el fin? El mismo Claudio Mauriac se sofoca y fatiga al seguir a Abellio, lo que me consuela algo de mi ignorancia y de mi comprensión.

No sospecho que Abellio sea un esquizoide; pero yo, que no soy psiquiatra, me doy prisa en decirlo. No juzgaría si lo fuese... Pues Abellio crea muchas palabras a uso propio, muchas... muchas...

\*

Y, sin crear nuevas palabras, ¿no conocéis a esas gentes que afectan una gran dilección escogiendo palabras raras, singulares y un poco risibles?

Recientemente, a un editor de París, se presentó un quidam que traía un manuscrito:

«Venga de América y os traigo el relato de mi perlustración.»

— Si no entiendo mal, se trata de un libro de viajes—dijo el editor.

—Viajes, no es exactamente eso—contestó el escritor. Digamos más bien, una «perlustración».

El editor me preguntó luego si podía explicarle dicha palabra. Le confesé que era la primera vez que la oía.

Debí recurrir al diccionario de seis volúmenes, que prolonga mi débil ciencia personal y este sabio y silencioso amigo me enseñó que una «perlustración» consistía en la acción de «recorrer rápidamente».

Nuestro hombre había «rápidamente recorrido los Estados Unidos.» Había hecho una «perlustración» por el Nuevo Mundo.

Tal vez, ¿era también él un esquizoide? No sé, pues no me doy cabal cuenta de lo que tal palabra quiere significar. Para nosotros, se llama simplemente a tal persona, tonta, lo cual basta ampliamente para designarla (16).

Pierre-Valentin BERTHIER

Traducción de Vladimir MUNOZ.

#### NOTAS DEL TRADUCTOR:

- (1) Río de China.
- (2) El vocabulario sencillo y asequible empleado en nuestras columnas por el Dr. Pedro Vallina tiende, sin duda, a este fin. Es notable como, el escritor Angel Samblancat, por el contrario, en sus meritorios escritos, emplea una terminología original.
- (3) La francesa es el caso del autor, pero la referencia es válida para todas las lenguas.
- (4) Alusión humorística que equivale a la imagen popular castellana: «Cada loco con su tema.»
- (5) Literato de París, autor de numerosos volúmenes.
- (6) Cotidiano de París.
- (7) La aviación del futuro.
- (8) Anormalidad, enfermedad, etc.
- (9) De 1955.
- (10) Situado en París (café «Au Tambour», 10, plaza de la Bastilla). Reuniones bimestrales animadas y presentadas por el octogenario anarquista E. Armand.
- (11) Los «bárbaros», eran para los griegos, los pueblos que desconocían o negaban al humanismo heleno.
- (12) Véase sus valiosas colaboraciones en «Selecciones» del **READER'S DIGEST**.
- (13) El fascinante mundo de los animales.
- (14) Bâle, Suiza.
- (15) 1955.
- (16) Berthier, es asiduo colaborador de «Defense de l'Homme», «L'Unique», «Contre-courant», etc.

---

Un día comencé a sentir los síntomas de una fiebre infecciosa muy contagiosa. Sin embargo, fué gracias a mi fuerza de voluntad que escapé de dicha enfermedad. Es maravilloso el valor de la fuerza de voluntad en tales casos. La fuerza de voluntad penetra por todo el organismo y lo hace inmune contra cualquier mala influencia. El temor es un estado de debilidad inerte durante el cual todo enemigo puede vencernos fácilmente. — GOETHE.



## Divulgaciones científicas

## QUÍMICA

## LOS SILICONES



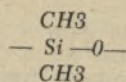
E todas las ciencias, es sin duda la Química, la que más prodigiosos avances ha hecho en lo que va de siglo, y es sin duda también, la que más profundamente haya revolucionado todas las técnicas e industrias, por diferentes que éstas fuesen. Las nuevas fórmulas, los nuevos productos, las nuevas aplicaciones de los mismos hacen cambiar brutalmente los problemas científicos y técnicos.

Una de las más recientes conquistas de la Química, una de las que más han transformado la vida moderna, han sido las materias plásticas, que hoy nos invaden totalmente en la mayor parte de aplicaciones de la industria y del hogar, dando al fin solución a los múltiples y diversos problemas planteados desde que la industria existe (1). Sin embargo podemos decir que de una manera general, los problemas han sido resueltos en la casi totalidad de los casos y dentro de veinte o treinta años muchas de las materias primas fundamentales, consideradas hasta el presente como irreemplazables, habrán desaparecido en tanto que tales.

De estas materias plásticas, podemos citar entre las corrientemente conocidas y utilizadas, la *ekonita*, el *celuloide*, el *nylon*, el *plexiglas*, el *cloruro de vinyl*, el *polietileno*, el *poliestireno*, LOS SILICONES, etc., etc.

Los silicones, son una de las últimas creaciones de la Química, ya que como todas las materias plásticas, no existen en la naturaleza. La industria de los silicones es una de las más recientes y está actualmente en pleno desarrollo.

Se conoce con la denominación de SILICONES (término industrial) a un producto orgánico de gran molécula, en cuya formación entran el *tetracloruro de silicio*, y *cloruros orgánicomagnésicos* y cuya constitución química es la de un *polímero cíclico* de tres cadenas del tipo:



es, decir, átomos de silicio, enlazados con átomos de oxígeno y a radicales orgánicos hidrocarbonados con enlace directo Si-C.

Existen ya actualmente en el comercio una variedad enorme de silicones. Poseen éstos, propiedades nuevas: estabilidad física y química dentro de un gran campo de variaciones de temperatura, inercia química, aislamiento de primer orden, resistencia a los agentes climáticos, poder de antiadhencia, poder antiespumante, etc., etc...

Las aplicaciones de los silicones son numerosas, importantes, y muy diversas. He aquí algunas de ellas.

En tanto que agentes hidrofugantes se emplean ya en la industria textil para aprestar e impermeabilizar los tejidos, así como en la industria del cuero y de la papelería. En la construcción comienzan a utilizarse igualmente para la hidrofugación de muros y paredes.

En la dermatología y sus derivados se utilizan asimismo

los silicones dadas sus propiedades y su carencia de toxicidad o reacciones alérgicas, para la fabricación de cremas protectoras de la piel contra la humedad, para las cremas de belleza y barras de los labios, así como para la fabricación de brillantinas y cosméticos no grasos.

Como lubricantes, dada la resistencia a temperaturas elevadas de los mismos y su insensibilidad al estado higroscópico ambiente, los silicones se emplean ventajosamente, en el engrase de grifos altamente calentados, centrales de calefacción, frigoríferos, amortiguadores, etc., etc. En efecto, los silicones tienen una propiedad muy particular de gran importancia: la viscosidad Engler apenas si varía ante cambios importantes de temperatura.

Otra de las características capitales de los silicones, es la de dar, con un tratamiento apropiado, gomas especiales con propiedades particulares. Son los silicones de polimerización llamados *elastómeros*, que resisten hasta 85° C bajo cero así como hasta temperaturas del orden de 300° C, conservando sus propiedades de elasticidad sin variación. Estas características les permite de ser empleados para juntas de turbo-reactores, de jeringuillas que pueden ser así, fácilmente esterilizadas; aislamiento de cables eléctricos, etc., etc...

Son excelentes agentes anti-adhesivos y por esta razón se les emplea para retirar fácilmente los moldes en todas las industrias donde estos últimos son necesarios, pastelería, productos alimenticios, fabricación del caucho y materias plásticas, metalurgia, etc., etc...

Para aumentar y proteger el brillante de los barnices de los muebles que, una vez así tratados, no se dejan mojar ni manchar, así como para lustrar las carrocerías de automóviles con idéntico resultado.

Existen aún mil otras aplicaciones de los silicones, la enubre los discos microsurcos, a fin de evitar a éstos el molesto inconveniente de electro-estaticidad.

Existen aún mil otras aplicaciones de los silicones, la enumeración de las cuales sale del cuadro de este breve bosquejo, como son la preparación de pinturas especiales a base de dichos silicones, y últimamente su empleo en medicina y veterinaria.

Hémos, pues, aquí, ante uno de los numerosos productos inventados por los químicos en aras del progreso constante y revolucionador. Desgraciadamente, el capitalismo internacional más que de servir al humano progreso, se preocupa antes bien de sacar partido de todas las investigaciones y descubrimientos, en detrimento de la moral y la conciencia humana.

Que la acción solidaria y conjunta de los trabajadores manuales y del intelecto, pueda en un futuro que deseamos próximo, destruir y aniquilar los maquiavélicos planes de explotación de su enemigo secular: EL CAPITALISMO.

TEJERINA

(1) Salvedad hecha a la resistencia en general, de dichas materias, a temperaturas del orden de 250 C o superiores.



## LA CULTURA HUMANA MEDIANTE EL LIBRO

# Los Bárbaros

El sol es el único tesoro que nos ha quedado y que los bárbaros no pueden robarnos.

KAREN BRAMSON

— I —



OSTA nació en Hungría, en una casita colindando los grandes bosques magyares. Soñaba junto a los riachuelos o escuchaba el murmullo del viento, en sus vagabundeos de niño. Y en casa confiaba a su madre, por medio de las cuerdas del violín, los secretos de las aguas y de los vientos. Esta, besándolo con la mirada le decía:

— Llevas la música dentro de ti. Dedícate al violín. No seas, andando el tiempo, como tu padre, que prefiere servir allá arriba, en el castillo, antes que vivir libre por los caminos del mundo, con su violín y con nosotros dos.

Mira, la madre, era gitana. Y cuando su hermosa cabeza se erguía, murmuraba:

— Odio a los bárbaros que viven allá arriba.  
— ¿Por qué los odias, mamá? preguntaba Costa.  
— Son arañas, respondía ella.

— II —

Stephan, el padre, era mayordomo en el castillo de los Marytshi, en donde el joven conde hastiado de buscar siempre el rostro de su mujer, introdujo desde Francia a la doncella Ninette. Esta fué asesinada por un arrebatado de celos de dama condesa a tiros de revolver. Sin embargo, el juez Balazt, lacayo de la plutocracia, queriendo evitar el escándalo societario, decidió cargar el mochuelo a una víctima inocente... Stephan fué condenado a veinte años de trabajos forzados, pero murió pronto en presidio.

— III —

Mira y Costa abandonaron el valle con el violín y el cayado. Los bárbaros que pasaban corriendo por las carreteras en sus lujosos automóviles, los salpicaban de barro.

Cierto día se encontraron con un convoy de gitanos. El patriarca de la tribu los admitió en su seno. Y Mira, pensando en su hijo y en su muerte prematura, pensaba: **Ahora puedo ya dejarlo. Se encuentra en buenas manos. Está con los suyos. ¡No se apoderarán de él los bárbaros!**

— IV —

Mira ya extenuada dijo a su hijo:

— Vamos hijo mío, Lleguémonos hasta allá abajo, para ver como se oculta el sol por detrás de los árboles. ¡El sol es todavía nuestro! ¡Los bárbaros no han podido robárnoslo!

Penetrando luego en la otoñal selva, Mira, abrazando largamente a Costa, decidió el fenecer voluntario.

— No tengas miedo hijo mío. Sé digno de tu madre. Los únicos que temen la muerte son los malditos bárbaros, sembradores del mal.

— V —

Cuando un enfermo o un anciano optaba por el fenecer voluntario, había que proceder con gran prudencia, pues, los gendarmes se empeñaban en imponer brutalmente sus leyes a los gitanos. La caída de uno de los suyos en manos de los bárbaros indignaba a Costa. El viejo patriarca, impasible como Buda, le dijo:

— Ante los bárbaros somos hoy impotentes. Aprende que todo aquel que se respeta a sí mismo, debe saber contenerse.

— VI —

Había estallado una guerra. El decano de la tribu, sentado en los peldaños de la pequeña escalera de su carruaje, inmóvil... miraba fijamente a aquellas hordas de bárbaros que pasaban por delante de él, al encuentro de otros bárbaros parecidos, para matarlos o para ser muertos. Y evocaba en su viejísima memoria otras carnicerías, otras hordas de bárbaros que se precipitaban por los caminos ensangrentados. Los gitanos fueron confinados en un campamento, privados del derecho de transitar por las carreteras, atigaba a los gitanos, desconfiando de ellos, por no tener fe a los gitanos, desconfiando de ellos, por no tener nacionalidad alguna ni patria que defender.

— VII —

Vino la paz de los bárbaros. En la tierra calcinada por la barbarie humana brotó de nuevo la hierba y el trigo. Los muertos eran relegados al olvido. Y en las faces mutiladas aparecieron las sonrisas. Costa, obsesionado por el crimen cometido con su padre, decidió vengarse de los bárbaros. Fuése con su violín a la bimilenaria Lulecia. Su silueta pintoresca, sus hermosos ojos, la magia y el embrujo de su vio-



lin gitano, hicieron que puertas, bolsas y corazones se abrieran para él.

— VIII —

Primer violín en el «Lion Rouge» de Montmartre, ganaba mucho dinero. Había visto el desprecio que sentían los bárbaros por los pobres. En opinión de aquéllos, los méritos de un hombre se hallaban encerrados en su cartera; sus derechos, su honor, sus garrras, todo estaba allí. ¡Era mucho mejor ser araña que mosca! Entre solo y solo estudiaba Costa a los bárbaros. Odiaba a su público. Despreciaba los aplausos de aquellos hombres que trataban a las mujeres como si fuesen ganado, y despreciaba los aplausos de aquellas mujeres que vivían de vender sus cuerpos.

— IX —

Su asco era cada vez mayor hacia la depravación de los bárbaros. Una tarde, después de ejecutar su solo, no queriendo tocar su dinero, prohibió al segundo violín hacer la colecta de costumbre. La orquesta en pleno se indignó y se hizo la colecta. Llegada la hora de cierre, lanzó Costa el dinero al suelo, exclamando:

—Pues bien, coged esa inmundicia de donde ha venido, del cieno.

Y los vio arrastrarse por el suelo, atropellándose, avarientos, temiendo recoger menos dinero unos que otros. Costa desapareció del restaurante y del domicilio.

— X —

Decidió hacerse ayuda de cámara, para mejor vengar un día a su padre. Trabajó en diversas mansiones de ricos imbéciles consumidos por el tedio, cosidos de preocupaciones idiotas y de arrogancias estériles. Su seriedad y educación y su varonil belleza se imponían entre los bárbaros. Cierta vez encontró a una pobre mujer con un hijo en brazos en pleno arroyo parisiense. La socorrió ampliamente. Y, ella, llorando de gratitud y aterida de frío le narró su historia.

— XI —

Margarita Moreau era viuda de un obrero metalúrgico, víctima de la implacable astucia de un juez sanguinario, que le imputó un crimen por él no cometido, para salvar al verdadero asesino. El infeliz también murió en presidio. El destino le había enviado aquella mujer. Buscaría al juez bárbaro. El sabría vengarse. Vengaría ahora la muerte de su padre.

— XII —

Compró la plaza de ayuda de cámara en casa del juez Bazin, pagándole al que la tenía un año de soldada, mediante un artificio que ambos combinaron. En la presentación, hubo un escollo. La gran hermosura de Cecilia, hija del magistrado. El corazón de Costa latió con violencia y sus pensamientos se turbaron. Ella también, impelida por los irreflexivos corceles del instinto genésico, se prendó de Costa, estampa viviente del David de Miguel Angel. Costa fué tomado.

— XIII —

La naturaleza tiene sus imperiosas exigencias y como amar, al fin de cuentas, es tan sólo un modo

de crecer, como aseveraba Martí, ambos jóvenes se vieron impelidos hacia la fusión carnal. Revolcábase Costa sin pegar un ojo en su lecho de célibe y Cecilia vivía en estado de excitación sensorial. Un dualismo los torturaba: Costa eran tan sólo un criado y Cecilia era una bárbara. Pero, el amor desconoce razones o, como es ya archisabido, «tiene razones que la razón desconoce».

— XIV —

Ella, avergonzada, lo evitaba. Y él ardía de impaciencia por consumirla con los ojos. Acabando de salir el juez de instrucción, tuvo la idea de manifestarle su amor con las mágicas cuerdas de su violín. Vino ella maravillada.

—Usted nos ha engañado Costa, usted no es un criado.

—Sí, lo soy. Llevo la música en la sangre. También eso me viene de mis antepasados, los gitanos. Mi madre era descendiente de ese gran pueblo..., que ahora es un pueblo que mendiga por las carreteras... después de haber sido exterminado por ustedes, los bárbaros, hace unos mil años.

— XV —

Esto huele mucho a folletín, pensó la joven.

—Vuelva usted a tocar, le dijo. Lo que tocaba usted era muy hermoso. Pero no aquí. Su habitación es muy pequeña y no muy bonita... ¡Venga usted a mi tocador!

Costa tocó para ella. Hubo besos apasionados, abrazos prolongados y de pronto:

—¡No nos hagamos ilusiones! exclamó la joven. Esto no es más que una locura de nuestros sentidos. Siento horror de mí misma. Entre nosotros dos no puede haber... amor. Debe usted comprender esto.

Ante la humillación clasista que la bárbara le infligía, salió Costa silencioso del tocador.

— XVI —

Si el sabio no es verdaderamente sabio entre mujeres, está perdido, constata Zozaya (EL HUERTO DE EPICTETO). Costa seguía en la casa a impulso de la pasión amorosa que, eclipsaba el móvil que había tenido para introducirse en ella. Pero más casto temperamentalmente que Cecilia, esperó con esperanza la autoentrega de la joven, ser amado inmensamente por ella, para huir los dos y vengarse de este modo del bárbaro Bazin, cuyos planes para su hija eran muy diferentes, pues la destinaba a un matrimonio con el ricacho André Rivière, un sér estúpido y jactancioso.

— XVII —

Ocurrió lo previsto. La joven deslizó un billetito por debajo de su puerta:

«Me he equivocado. Yo no pensaba en lo que le decía. Desde aquella noche he reflexionado mucho. No me había examinado bien todavía. Tal vez lo que yo siento sea, en efecto, amor, ya que pienso en usted tanto como en su música. ¡Venga a tocar para mí esta noche, después que se haya marchado mi padre! ¡Le espero en mi saloncito! Venga usted..., sí, venga.

Cecilia».

Besó Costa el papelucho, lo miró extasiado, lo volvió a besar y en su ilusión genésica, creyó que había estado ciego. Y en el colmo de la sensiblería creyó entonces que el amor heterosexual era el «div motif» de la vida.



## — XVIII —

Se encontraron sus cuerpos no sólo aquella noche sino todas las noches. Nacidos a los lujuriosos mecanismos del sexo, olvidados por completo de todo, hasta del viejo, no fueron prudentes. Este barruntó la cosa y se cercióró de ello. Una madrugada, cuando Costa salía calladamente del saloncito, lo cosió a balazos. Se desplomó el hijo de Mira ante el espanto de Cecilia y del mismo viejo. El magistrado, criminal nato, arregló el homicidio asegurando a la policía que Costa había oído ruidos y al levantarse tropezó con unos asaltantes que lo balearon.

## — XIX —

Costa fué transportado moribundo al hospital. Su muerte parecía próxima. Cecilia, encinta, fué casada precipitadamente con el ricacho Rivière. Bazin, iba todos los días a preguntar por el estado de su «fiel servidor» para ver si ya se había muerto. Pero el herido no acababa de morir. Además aquel gitano tenía el billetito, prueba concluyente de su homicidio, lo cual aterrorizaba a padre e hija, pues si sanaba las cosas se complicarían en grado alarmante.

## — XX —

Costa mejoró levemente. La enfermera, con ese respeto que tienen los simples simplistas hacia la gen-

te de dinero, dejó pasar por un rato, enternecida, al bárbaro Bazin, por «su gran interés de amor».

Solo Bazin con el enfermo... se inclinó sobre el lecho, con los ojos cerrados, para no tropezar con la mirada de Costa. Y el juez con sus largos dedos huesudos apretó y apretó el cuello del enfermo.

Costa en su agonía murmuró:

—¡Ahí están! ¡Ahí están!... ¡las veo!..., ahí están las patas de araña... monstruosas.

Al fin Bazin pudo vivir tranquilo, luego de certificar el médico que el enfermo feneció por un acceso de tos.

\*

¡Hermanos, los bárbaros dominan el mundo! (1).

Vladimiro Muñoz

(1) Mañana dominical. Por unos míseros centavos compro un libro en la feria: NOSOTROS LOS BARBAROS, de Karen Bramson. He aquí, luego de su lectura cautivante, mi comentario con sus extractos. En la portada, un bárbaro descomunal, pateando el esteroide del mundo. 270 páginas fructíferas y amenas editadas por ZEVS, (Madrid 1931).

Se ven tantos crímenes en la tierra porque conspira todo para hacer a los hombres viciosos y criminales: sus religiones, su educación, su gobierno, les impulsan irremisiblemente hacia el mal.—HELVECIO.

\*

La ley es una institución de agentes muy perniciosos. Cuando se principia a fabricar leyes no se acaba nunca. Profetiza la ley; se encarga de determinar cómo obrarán los hombres en lo sucesivo. Sean cuales fueren los males que surjan de las pasiones humanas, la introducción de las leyes no puede ser el verdadero remedio. Mientras el hombre permanezca en las redes de la obediencia, habituado a regular su paso al de otro, su inteligencia y la fuerza de su espíritu continuarán paralizados.—GODWIN.

\*

Los poderosos y los ricos desprovistos de una mitad de las ideas y de los sentimientos del género humano.—CAVOUR.

\*

Tenéis que comprender que vuestros males sociales, vosotros mismos los causáis, prestando crédito a las sugerencias de los emperadores, los reyes, los miembros del parlamento, los gobernadores, los jefes militares, los capitalistas, los sacerdotes, los falsos artistas y todos cuantos necesitan esa mentira del patriotismo para poder vivir a costa de vuestro trabajo.—LEON TOLSTOI.

\*

La mujer no es en ningún modo inferior al hombre; es distinta: he ahí todo. Y por no haber querido comprender esta diferencia, creada por la naturaleza y necesaria al mecanismo de la vida, es porque los hombres perpetúan ese malentendido doloroso y terrible, que hace casi siempre del hombre y de la mujer dos seres enemigos.—MORELLI.

\*

Llamo yo «derecho al bienestar» a la posibilidad de vivir como seres humanos y de criar a nuestros niños para que sean miembros iguales de una sociedad superior a la nuestra; mientras que el llamado «derecho al trabajo» es la obligación a continuar siempre siendo un esclavo asalariado, un hombre forzado, gobernado y explotado por los burgueses de hoy y mañana. El derecho al bienestar representa la revolución social; el derecho al trabajo es, a lo sumo, un encarcamiento campestre o industrial.—PEDRO KROPOTKIN.

\*

Nuestra sociedad está de tal modo constituida que se compone de dos clases de personas: la clase que lo produce todo y la que no produce nada. La productora habita en chozas o se refugia en las malsanas viviendas de los barrios alejados; en su mesa hay sólo sopa, patatas y vino adulterado; posee un reducido mobiliario; tiene un vestir pobre e insuficiente; escasa es su instrucción, pues carece de ocasión para adquirirla; puebla los hospitales y los asilos... La parásita vive en los castillos de la campiña o en los palacetes de las ciudades; tiene en su mesa la carne más sana, la caza más rara, la fruta más sabrosa, el vino más añejo; adornan sus salones flores de sutiles perfumes, ricas tapicerías, deslumbrantes muebles; está en invierno cubierto su cuerpo con los más cálidos tejidos, y en verano con los más ligeros y frescos; se instruye en las universidades; puebla los restaurantes de postín, los afamados balnearios, los renombrados espectáculos; usa «coche» y se hace servir por lacayos.—SEBASTIAN FAURE.

Por exceso de original, nos vemos obligados a no publicar en este número el acostumbrado «Cuento de la noche» de nuestra compañera Federica Montseny.



# Siglos

---

# DE

---

# TORTURAS

(Continuación)

Otro procedimiento, que no era mejor, durante la ocupación, causó terribles represalias. Franceses disfrazados de soldados alemanes, quemaban casas de campo y aldeas, para excitar a las poblaciones contra el ocupante. Otros, no menos fanáticos, sabiendo que cien compatriotas suyos pagarían con su cabeza ese crimen, no titubeaban en sacrificarlos, por el placer de matar a un centinela enemigo. Todos los medios se ponen en obra para que en favor de una guerra el hombre se muestre tal cual es: el más cruel de los animales.

El suplicio del molinete consistía en hacer correr en redondo durante varias horas, desvestidos completamente, a los prisioneros, a los que los liberadores aplicaban muchísimos golpes en los riñones con unos palos. Otro género de suplicios, consistía, en las campiñas, enrollar alrededor de un árbol, con una cabria, los intestinos que se sacaban del cuerpo del paciente, acabado de despanzurrar por los verdugos. Esto bien valía las cámaras de gas, los hornos crematorios y todos los otros suplicios de los campos de la muerte lenta de allende el Rin. Que no se nos hable sólo de los crímenes del ocupante. Hubo una mitad de franceses sometidos a la otra mitad que los torturaba, lo que hacía, con los campos de concentración nazi un número impresionante de víctimas humanas sacrificadas a absurdas ideologías. ¡Y todo esto ocurría en pleno siglo XX!

El torturador por patriotismo verdadero o falso, sincero o no, sea que se esfuerce en arrancar confesiones u obtener informaciones de los que sospecha que están en contacto con el enemigo (15), sea porque no comparta sus ideologías, es la más detestable clase de verdugo que se conoce. No tiene ninguna excusa, ni aun la de estar loco. Nada, absolutamente nada justifica los crímenes cometidos contra seres humanos, por venganza o por maldad, por otros seres humanos, ni aun por patriotismo. Que no se busque el atenuarlos aplicándoles eufemismos mentirosos, tales como represalias, penas ligeras, etc... Los crímenes, hayan sido cometidos en la ocupación o durante la liberación, son actos de sadismo, ni más ni menos, que la razón condena y la verdadera justicia desaprueba.

Los verdugos como Petiot, doctor con doble juego, que hizo no pocas víctimas, —se sabe que espía por detrás de una lumbre el progreso del sufrimiento en las caras de las gentes que torturaba— no faltan en el país de los Derechos del Hombre (16). Se encargan en depurar ¡y de qué manera! a sus conciudadanos, cuando lo más sensato sería que empezasen a depurarse ellos mismos.

Los mejores torturadores, reconozcámoslo, como los mejores soldados, se reclutan entre los ex-criminales de derecho común, que procuran rehacerse una virginidad. Es así como en Dachau, Buchenwald y otros lugares, es bajo la férula de dichos monstruos, entonces guardianes del orden, que los prisioneros debieron cumplir las más crueles labores, sino querían ser apaleados. Bien es verdad que la sociedad siempre encuentra buenos servidores entre los ex-presidarios arrepentidos. Los internados seleccionados como capataces de presidio para vigilar a los otros internados eran más feroces que los nazis, lo que prueba hasta que punto la bestia humana es poco digna de interés (17).

Los suplicios hechos a los prisioneros alemanes como represalias, durante la penúltima y la última guerra del Derecho, entre otros el que consistía en ponerles en la boca y en las fosas nasales aserrín con el fin de ahogarlos, luego de haberles cortado las orejas, no están muy hechos para facilitar la reconciliación franco-alemana. De uno como del otro lado, el odio hace su obra y esta obra nos vale el militarismo en todos los países.

La guerra no ha enseñado nada a los hombres, no se han vuelto mejores, muy al contrario. Señálemos, para nada olvidar en este museo de horrores humanos —prolongación de los del pasado— que ocurren en nuestra época, el suplicio de la camisa—camisa que no es otra cosa que la piel del o de la que se quiere castigar por un crimen imaginario—practicada no hace mucho tiempo por los nazis rojos (18), con los letones inofensivos, pelados de los pies a la cabeza, como si se tratara de vulgares conejos. El código soviético es, por la misma voluntad de quienes lo han fabricado, un tejido de horrores. Ese código condena a la pena capital—siempre en vigor en U.R.S.S.—por una bagatela, a niños de doce años, sin contar todo lo que ocurre en el fondo de los campos de concentración siberianos y en los campos de trabajo forzado del otro lado de la cortina de hierro. Pero, ¡se sabrá alguna vez lo que allí ocurre! (19).

Nada tan monstruoso como obligar a los niños a delatar a su padre o castigar a toda una familia cuando uno de sus miembros es sospechoso de haber conspirado contra el Estado! No es menos odioso el que, para arrancar confesiones «espontáneas» a los que se quiere condenar, se les haga absorber estupefacientes o que se les someta a las peores pruebas. Los procesos de confesión son una iniquidad. Tales prácticas deberían desaparecer con la sociedad que las tolera. ¿No se ha visto últimamente, en un país aliado, para obligar a inocentes a confesar un pretendido crimen, a sus verdugos quemar la yema de



los dedos con fósforos encendidos, y el golpearles en la cabeza con una barra de hierro?

Se llega, por esos singulares procedimientos, que accionan a la vez en el cuerpo y en el espíritu, a hacer confesar todo lo que se quiere a presuntos culpables. Se trata de embrutecerlos, afín de que agotados por la fatiga, incapaces de oponer la menor resistencia, confiesen no importa qué. Así es como se les obliga a mantenerse de pie durante muchas horas, los talones juntos, los brazos tendidos, el dedo índice apoyado contra el muro, afín que, al cabo de cierto momento, tengan un temblor de tal modo desagradable que acaben por desplomarse, con los golpes que les dan en la nuca sus opresores. ¡Cuántos refinamientos en este arte de las torturas que se puede colocar en el número de las artes mayores cultivadas por la bestia humana que se pretende civilizada! (20).

Encontramos en nuestra época, los campos llamados de «reeducación», como el de Makronissos en Grecia, en donde se emplean los mismos métodos que hace dos mil años, empleados para arrancar «retractaciones» a los que se quiere condenar. A la comida infecta y a la sociedad repugnante que se constata en todos los campos del universo concentracionario, se añade la clásica inmersión en el agua del mar, desde lo alto de un acantilado, a prisioneros colgados con una cuerda, o aun las llagas hechas en las plantas de los pies, en las cuales se ha puesto sal, con la adición de golpes de bambú acompañados de injurias durante toda la noche, para impedirles dormir. ¡Y decir que eso pasa en el país de la antigua Helenia!

Los crímenes nazis no excusan los que se cometen cada día, en todas las partes del mundo en donde hay una policía, un ejército, fanáticos y dementes. Las mismas torturas agravadas, existen en los supuestos países democráticos, que nada tienen que envidiar a los otros en este aspecto de la barbarie y de la inhumanidad.

Los campos de concentración no han sido abolidos en ninguna parte. Sólo han hecho cambiar de verdugos y de víctimas. Que sean campos alemanes, franceses o rusos, nada les distingue de los procedentes. Los métodos son los mismos. Hay que enfrentarse a los mismos «kommandos». Existen en el mundo siempre campos a lo Auschwitz (21), Buchenwald, Bergen-Belsen, Mauthausen, Ellrich, Dora y Dachau. Existen miles de detenidos, excluidos, deportados, desplazados, que aun esperan su liberación. Los Kommandos siempre están en actividad. Y se ven aún, en la hora en que escribo estas líneas, en todas las naciones llamadas civilizadas, los suplicios de antaño, como la crucifixión, ahorcamiento, exposición, flagelación, mutilación, etc., y otros suplicios terminados en ón, señalados más arriba, así como el apaleamiento, desorejamiento, despanzurramiento, entierro vivo en un hormiguero, el suplicio del hambre que lo completa el de beber la orina y comer los excrementos. Reservas, barcos cárceles, trenes prisiones, fábricas de la muerte, trabajos que matan, horcas con báscula en el vacío, suspensión con nudo corredizo, lenguas cortadas, órganos sexuales (éstos particularmente martirizados por los verdugos de todos los tiempos) seccionados o quemados con la llama de una bujía, dedos colocados encima de un brasero y consumidos lentamente, todo lo que se puede imaginar en hecho de torturas existe en nuestros días en los campos de concentración supuestamente desnazificados.

Los castigos en curso en las casas de corrección llamadas injustamente de «reeducación», los castigos corporales en las prisiones, las penitencias en las co-

munidades religiosas y ciertas instituciones, como las que consisten en estas últimas a obligar a niños y niñas el arrodillarse sobre un montón de piedras, cuando no es el lamer el borde de los retretes, deberían igualmente desaparecer.

Los presidios de niños, religiosos o laicos, bajo el control o no del Estado, género Mettray y Cía, en donde se aplica a la infancia llamada culpable, que no ha llegado a veces a la edad de razonar, correcciones inhumanas, desde el látigo hasta el chimaje (22), practicados por los torturadores mercenarios, son una de las monstruosidades de nuestros tiempos bárbaros.

¡Cuántas torturas sufre la infancia por parte de padres indignos! (Consúltase nuestro capítulo «Faits divers») (23). Los niños mártires forman legiones. Cada día se puede leer en los periódicos hechos policíacos que nos relatan los crímenes debidos al alcoholismo o al sadismo de los padres-conejos y de las madres-conejas (24). Pero, para este género de suplicio, los jueces están llenos de indulgencia. Nuestro sistema penitenciario es a suprimir todo entero, como nuestro código penal que no es nada mejor.

Los castigos infligidos a la infancia por sus maestros y sus padres, son odiosos e inútiles, sean los castigos corporales o los castigos morales, castigo del pan solo, privación de alimento, aislamiento, cuarentena, camisa de fuerza, manos atadas por detrás del cuerpo, pelotón de disciplina, pelota, baile y otras clases de torturas que, lejos de mejorar a la infancia, la depravan. En lugar de cuidar a los que se llama enfermos—adultos o niños—, se les tortura, se les condena, se les encierra. La sociedad cree por ahí defenderse y lo que hace es multiplicar el número de ladrones y asesinos.

G. de Lacaze-Duthiers

(15) «Enemigo» en la fraseología militar significa el ejército y el país que se combate (N.d.T.)

(16) Ni en ningún país del mundo, añadiremos nosotros. (N.d.T.)

(17) En el lager núm. 2 de La Pallice (Charente-Maritime) hubo en cierto momento un español a sueldo de los alemanes que tiraba desde la oscuridad enormes piedras a la cabeza de los rezagados que se dormían y salían por las alambradas. (N.d.T.)

(18) Se refiere el autor a la soldadesca bolchevique que invadió Letonia. (N.d.T.)

(19) A leer *Onze ans dans les bagnes soviétiques*, de Elénor Lipper (Nagel, editor), que nos informa sobre los métodos (culac, katorga, etc.) utilizados en los campos bolcheviques, que nada tienen que envidiar a los del zarismo. (G.L.D.)

(20) Consúltase la obra de Georges Orwell, 1948, de la que existen varias ediciones en castellano. Sobre la barbarie del martirio nazista, véase a Jan Valtin en *La noche quedó atrás*. (N.d.T.)

(21) Sobre Auschwitz consultar la obra de Pelagia Lewinska: «Vingt mois à Auschwitz» (Nagel, editor) (G.L.G.).

(22) Pena que consiste para el delincuente a mantenerse parado sobre la punta de los pies durante horas, con en cada mano una pesada piedra, mientras que al menor signo de debilidad el verdugo le golpea la cabeza con un bastón. (G.L.G.).

(23) Ved «Visages de ce temps» del autor, capítulos VII y VIII, pág. 312 a 339. (N. d. T.).

(24) Se refiere el autor a los padres que tienen una prole numerosa. (N.d.T.).



## POETAS DE AYER Y DE HOY

### Juventud

Juventud es valor. Fe en la victoria.  
Ver la vida y la muerte de igual modo.  
Juventud es pensar. Soñar la gloria.  
¡No tener nada y ofrecerlo todo!

Juventud es amar. Los ruiseñores  
cantando al Padre Sol. La vida intensa.  
Confundir las mujeres con las flores.  
Saber sufrir y no olvidar la ofensa.

Juventud es triunfar. El gesto airado  
contra la sombra criminal y loca.  
¡Es caer con el cuerpo destrozado  
llevando una sonrisa entre la boca!

Juventud es verdad. La roja entraña  
palpitando en sangrienta efervescencia.  
¡Morirse de dolor en la montaña  
antes que traficar con la conciencia!

Juventud es saber cada mañana  
una nueva lección desconocida.  
Saberlo todo, porque todo encarna  
la conjunción suprema de la vida.

Juventud es saber que en este mundo  
eternamente todo se reforma.  
Es saber que en las horas de pelea  
mueren los hombres, pero no la forma,  
muere la forma, pero no la idea.

Juventud es la luz; el rayo eterno  
que va dejando tras de sí las huellas.  
¡Ver surgir las ideas del cerebro  
como si fuera una explosión de estrellas!

Juventud es presente y es mañana;  
el porvenir que con el hoy se envuelve.  
¡El único ta-lán de la campaña  
del tren expreso que se va y no vuelve!

Y, ¡fuera aquel que obstruye la grandiosa  
Redención! Y si teme llegar tarde,  
¡que abra con valor su misma fosa  
ya que para luchar se cree cobarde!

Porque ella es la que debe formidable  
matar de la ignorancia los vestigios:  
¡La santa juventud que es responsable  
del día de hoy en los futuros siglos!

¡Sí! La Juventud por estandarte  
de todas las conquistas generosas;  
la que coloca, con amor, al arte  
sobre todos los hombres y las cosas.

El arte es libertad, forma sagrada.  
Lo rigen sólo universales leyes  
¡Hierde más una pluma que una espada,  
y educa más un libro que cien reyes!

¡Vale más un manojo de ilusiones,  
una estrofa de luz, un solo verso,  
que Napoleón con todos sus cañones  
tomando por asalto el Universo!

Ovidio FERNANDEZ RIOS



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe político cristiano. Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—Artículos políticos y sociales. Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—Pepita Giménez. Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe cristiano. Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—Cartas eruditas. Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—Diálogo de la lengua. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—Diálogo de las cosas ocurridas en Roma. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»  
(antiguos clásicos «La Lectura»)  
a 375 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas. Prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuendo.

ESPINEL.—Vida de Marcos de Obregón. Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—Milagros de Nuestra Señora. Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—Artículos de costumbres. Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—República literaria. Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—Poesías y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—Claros varones de Castilla. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—El Diablo Mundo. Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—Vida de Marcos Obregón. Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—Artículos de crítica literaria y artística. Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—El cántico espiritual. Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—Obras satíricas y fes-

tivas. Prólogo y notas de J. María Salvaverria.

SALAS BARBADILLO.—La peregrinación sabia y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—El infamador, «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—Generaciones y semblanzas. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

## LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

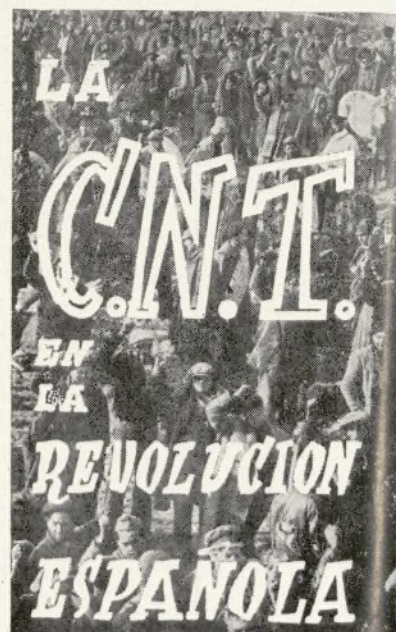
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin, 200 frs.

«Etica», de Kropotkin, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer  
todos los estudiosos